# Colombia, territorio de historias

CONCURSO NACIONAL DE ESCRITURA

TERCERA EDICIÓN

MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL

# Colombia, territorio de historias

CONCURSO NACIONAL DE ESCRITURA

TERCERA EDICIÓN

Concurso Nacional de Escritura
Colombia, territorio de historias

CERLALC
Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe
Bajo los auspicios de la UNESCO

Leer es mi cuento

CREA TALENTO CREA COLOMBIA

Colombia, territorio de historias
Concurso Nacional de Escritura

Tercera edición, Bogotá D.C, agosto de 2022

© Ministerio de Educación Nacional, 2022
© Cerlalc, 2022
© Antonio Carlos Fabra Lobo, Frank Alexander Orduz Rodríguez, Armando José Quijano Vodniza, Juan Daniel Mazo Barrientos, Deivis Duván Bolívar Rangel, Mauricio Vanegas Gil, Gherald Jafet Taylor Quejada, Aluna Sofía Zapata Plaza, Paula Alexandra Beltrán Martínez, Juan Esteban López Castañeda, Mariana Ríos Torres, Cristian Camilo Gaviria Sabogal, Ángela Marcela Cifuentes Avellaneda, Hernando Escobar Vera, Angélica Aguillón Lombana, Jenny Valencia Alzate, Manuela Paniagua Barrientos, Anamaría Rozo Martínez, Nicolás Andrés Barner López, Johan Sebastian Ruiz Araque, Alejandro Pedraza Caro, Zharick Daniela Monsalve Guerrero, Juan Salvador Vargas Díaz, Anderson Valencia Gallego, Mirian Liseth Osorio Losada, Juan David Truco León, Julieta Valentina Méndez Duque, Danna Isabella Viveros Roa, Miguel Ángel Cupitra Hernández, Yuberli Vargas Ángel.
© Julio César Londoño.
© Isabella Cortés Tenorio, Esteban Millán, María Titos, Nicolás Sanabria, Julia Tovar, Gustavo Ortega, por las ilustraciones, 2022.

ISBN: 978-958-785-388-9

**Gobierno Nacional de Colombia**

**Gustavo Francisco Petro Urrego**
Presidente de la República de Colombia

**Ministerio de Educación Nacional**

**Alejandro Gaviria Uribe**
Ministro de Educación Nacional

**Hernando Bayona Rodríguez**
Viceministro de Educación Preescolar, Básica y Media

**Claudia Milena Gómez Díaz**
Directora de Calidad

**Claudia Marcelina Molina Rodríguez**
Subdirectora de Fomento de Competencias

**Alejandra Pacheco Estupiñán**
Gerente del Plan Nacional de Lectura, Escritura y Oralidad (PNLEO)

**Gabriela Tique Márquez**
Profesional del PNLEO

**Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe (Cerlalc)**

**Julieta Brodsky**
Ministra de Cultura, las Artes y el Patrimonio de Chile
Presidenta del Consejo

**Carlo Brito**
Ministro de Turismo de Brasil
Presidente del Comité Ejecutivo

**Andrés Ossa**
Director

**Alberto Suárez**
Secretario general (e)

**Jeimy Hernández**
Gerente de Lectura, Escritura y Bibliotecas

**Sandra Cortés**
Coordinadora general
Convenio Cerlalc-MEN

**Diana Martínez**
Coordinadora técnica
Convenio Cerlalc-MEN

**Fabián Mauricio Martínez**
Coordinador del Concurso Nacional de Escritura

**Miguel Castillo Fuentes**
**Henry Alejandro Molano Granados**
Profesionales de apoyo pedagógico del Concurso Nacional de Escritura

**Pilar Quintana**
**Adelaida Fernández Ochoa**
**Fredy Chikangana**
**Julio César Londoño**
**Velia Vidal**
**Alfredo Vanín**
Jurados finales del Concurso Nacional de Escritura

Servicios editoriales
Fundación Malpensante

el malpensante

Septiembre, 2022

Los derechos patrimoniales de los cuentos y ensayos ganadores del Concurso Nacional de Escritura "Colombia, territorio de historias" (2022) fueron cedidos a los organizadores del certamen por cinco años. La presente publicación no podrá ser reproducida parcial o totalmente, ni registrada ni transmitida por ningún sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sin el permiso previo por escrito del Cerlalc y el Ministerio de Educación Nacional.

## Presentaciones


Colombia, territorio de historias 9
El arte de tachar 13
Acta de los jurados 22


## Cuento

CATEGORÍA INFANTIL


La vaquita de la granja de mi tío Lino 28
El mundo de mis sueños 34
Las aventuras de Crochetina y Libelinda 40
Viaje en el tiempo 47
El niño y el gato que llevaron su amistad al cielo 53
El perro que buscaba una madre para dos cachorros tigres 59


CATEGORÍA JUVENIL


Iperita 66
Ojalá que el cielo 73
María del Catatumbo 79
Hoy no 84
Juan y las palabras 91
Aurora 97


CATEGORÍA ADULTOS


Soy una esquina 106
¿De qué color es el lobo, Caperucita? 112
¿Por qué no vendo la finca? 118
Agua 124
Otra tercera noche 130
Backup 135

## Ensayo

### CATEGORÍA JUVENIL

La aplastante y contagiosa definición neoliberal de la salud y la enfermedad 143
El analfabetismo de la sexualidad 150
Ojos de negro 157
Mi vecino, el inmigrante 164
El mundo oculto detrás de un crimen artístico 171
Guerra en Europa: relatos del desplazamiento 177

### CATEGORÍA ADULTOS

Educación rural en Colombia: espejismo o realidad 186
Lecciones literarias en tiempos electorales 193
El saber ambiental para un futuro sostenible: un diálogo con Enrique Leff 200
Los algoritmos no escriben poemas 207
Comunicación bulímica: raquitismo cognitivo en tiempos de transparencia lingüística 214
La lectura como poder sobrenatural 221

# La escritura: una gran apuesta de la educación nacional

**Alejandro Gaviria**
Ministro de Educación Nacional

La literatura nos entrega valiosa información sobre lo que somos. Nos ofrece conocimientos profundos del alma humana, nos acerca a la voz del corazón de los pueblos y nos muestra la complejidad de los intrincados caminos de las distintas sociedades humanas. Por ello resulta fascinante encontrar en este libro el alma escrita de nuestro país. Esta selección de cuentos y ensayos ofrece un rico y variado imaginario que reúne las voces de niños, niñas, adolescentes, jóvenes y adultos de Colombia. Este libro es un mapa que nos ayuda a configurar nuestra identidad y nos muestra distintas interpretaciones de la realidad, revelándonos

de qué estamos hechos. Desde el Ministerio de Educación Nacional y el Plan Nacional de Lectura, Escritura y Oralidad "Leer es mi cuento" le hemos apostado al Concurso Nacional de Escritura "Colombia, territorio de historias" con el fin de promover la lectura y la escritura como prácticas que favorezcan el cierre de brechas, la construcción de tejido social, el conocimiento de sí mismo y el mejoramiento de las condiciones de vida.

En uno de los videos de formación que se han producido durante el proyecto, Juan Gabriel Vásquez nos dice que la escritura es una investigación. Esto se comprende en tanto a través de la escritura se exploran y profundizan los grandes temas humanos por medio de personajes y situaciones. De acuerdo con Vásquez, la escritura es una indagación que pone a los lectores frente a un punto de inflexión de los personajes, en donde se revelan sus aspectos inéditos. Para los lectores, los textos tienen la cualidad de ponernos frente a nosotros mismos y revelarnos que somos esos mismos personajes que se descubren, se pierden y se encuentran en las múltiples e inagotables experiencias de la vida. Los libros son un espejo en el que aprendemos a vernos con profundidad.

Celebramos la tercera versión del Concurso Nacional de Escritura con la tercera edición del libro *Colombia, territorio de historias*, una antología que nos trae emocionantes noticias sobre quiénes somos como personas y como país. Presentamos aquí los 30 textos ganadores –18 cuentos y 12 ensayos– que fueron seleccionados a través de un riguroso proceso de evaluación que inició con la recepción de 13.730 textos y culmina con esta bella edición publicada para el goce, el asombro y el descubrimiento de lectores y lectoras de todas las edades.

Hay que agregar que a esta multitudinaria convocatoria del concurso del 2022 se suman las de las dos primeras versiones. En 2020 se inscribieron 22.845 textos y en el 2021, 17.541 textos. En total, el Concurso Nacional de Escritura ha convocado hasta el momento a 54.116 personas interesadas en pensar e imaginar nuevos mundos posibles. Esto es muy importante para la Política Nacional de Lectura, Escritura, Oralidad y Bibliotecas Escolares, para el Ministerio de Educación Nacional y para el Cerlalc porque muestra el interés por promocionar múltiples prácticas de lectura y escritura, y por crear las condiciones para la

gestión del conocimiento alrededor de la cultura oral y escrita.

Esta nueva versión de *Colombia, territorio de historias* será un deleite para todos los lectores, pero además será de utilidad para todos los docentes de los establecimientos educativos, para los bibliotecarios escolares, para los promotores de lectura o para quienes estén interesados en una guía y en un rico material de trabajo.

Para el Ministerio de Educación Nacional, la Política Nacional de Lectura, Escritura, Oralidad y Bibliotecas Escolares y el Plan Nacional de Lectura, Escritura y Oralidad es un placer y un honor presentarle al país este libro que constituye un actual, diverso y auténtico compilado cultural y educativo de nuestra nación.

Muchas gracias,

**Alejandro Gaviria**

Ministro de Educación Nacional

# El arte de tachar

**Julio César Londoño**

Todas las estéticas son parciales. Provisionales. Todas caducan a pesar de la prudencia de sus autores: en lugar de legislar por legislar, obran con paciencia, estudian las obras que han sobrevivido al tiempo, registran las constantes, los "factores comunes", y arman juiciosos preceptos. Ejemplo: el cuento es un relato breve y esencial cuyo ripio tiende a cero. Tiene pocas peripecias, sus pocos personajes están apenas boceteados y su protagonista es el argumento. Ejemplo dos. Plagio: delito literario en el que incurre el autor que le raponea los contenidos a otro.

Cuando un maestro le imprime "chanfle" al precepto, nace el nivel II de la teoría literaria, la poética:

"El plagio se justifica cuando supera al original; es decir, cuando involucra el asesinato del propietario". André Gide.

"El criminal es el artista; el crítico, apenas el detective". Philip K. Dick.

"Toda poesía mala es sincera". Wystan Hugh Auden.

"El buen poema se conoce porque se lo puede mejorar fácilmente". J. L. Borges. Algunos acuñan paradojas

francamente cretenses: “En literatura no hay nada escrito”. Augusto Monterroso.

Los más ladinos emiten oxímoros esféricos: “La poesía es un álgebra hechizada” (Novalis) y siguen como si tal cosa, como una reina en chanclas.

Las poéticas son manuales positivos, es decir, un conjunto de preceptos normativos sobre la correcta construcción del mentefacto estético (relato, drama o poema). Pero también se estila el manual negativo, definir qué no es poesía, digamos. El título puede ser al estilo Gamboa: “Perder es cuestión de método”, y el subtítulo concreto: “instrucciones para arruinar un cuento”.

**El cuento**

Leyendo los cuentos finalistas del Concurso Nacional de Escritura encontré varios errores gruesos: la tendencia a utilizar demasiadas imágenes poéticas, a exhibir la erudición, la inteligencia y las opiniones del autor, y las malas decisiones a la hora de elegir el carácter del final (abierto o cerrado). En las siguientes líneas explico por qué estas veleidades pueden arruinar una historia.

*Utilizar un lenguaje muy poético*, como en los cuentos de Darío, Wilde o Yourcenar, es fatal porque el cuento es rápido y la poesía lenta; el cuento concentra los colores y el verso los difumina; el cuento es unívoco y la poesía polisémica; el cuento intriga, el poema quiere trascender; el cuento transcurre en el tiempo, el poeta habla desde la eternidad.

*Llenar de reflexiones el texto* es otro error porque paraliza la acción. Nadie soporta esos cuentos donde un hombre ve llover, llora por una mujer, fuma, evoca momentos, filosofa en clave de bandoneón, maldice, vuelve a fumar y el lector rezonga: "Bien hecho que te dejaron, zoquete". La reflexión del ensayista, la contemplación del poeta y la descripción del novelista atentan contra la acción, la congelan. En el cuento, la poesía debe estar entre líneas, no en la superficie; la reflexión deber ser muy dinámica, como en los buenos cuentos policiacos (v. gr. Chesterton); y las descripciones, breves y pertinentes. Jamás decorativas. Jamás extensas.

*El autor entrometido.* Se lo conoce porque siempre está preocupado por su imagen. Si el protagonista patea al perro porque le arruinó la pata de un mueble o porque perdió su equipo, y el narrador corre a censurar el hecho, el lector ve la sombra del camarógrafo, descubre al autor y se rompe el hechizo.

*El final.* Quizá el error más frecuente de los cuentos finalistas radicó en la elección del tipo de final. Es fatal abrir un final que debería ser cerrado, o cerrar uno que debió quedar abierto. Si el argumento gira en torno a un sabio que busca la clave de la existencia, el sentido de la vida, el final debe ser abierto. Es imposible cerrar esta historia. Un buen final para este tipo de relatos es dejarlos abiertos, mantener el secreto: el sabio descubre el sentido de la vida, pero no se lo cuenta al lector, como en "El etnógrafo" de Borges.

Por el contrario, los cuentos de ingenio exigen finales cerrados. Si una persona aparece apuñalada por la espalda en una habitación cerrada herméticamente por dentro, el autor está obligado a dar una explicación lógica (problema del cuarto amarillo).

Nota: un final cerrado es un final-final; contiene una solución al nudo planteado. Las historias ingeniosas y los cuentos-problema exigen finales cerrados. El final abierto se utiliza cuando el nudo es insoluble, como en el caso del sabio, o cuando la historia es vivencial, como el despechado de arriba o en los cuentos de Chejov. Son cuentos que pueden terminar en cualquier momento porque no están construidos para un final. Su fuerza dramática está repartida a lo largo de la historia, o centrada en la construcción de un personaje. Punto.

Entre las virtudes de los mejores relatos recibidos en esta edición del Concurso Nacional de Escritura, hay que destacar una imaginación vigorosa que ficciona con eficacia situaciones cotidianas y, en el otro extremo, relatos de ciencia ficción y de literatura fantástica desarrollados con buen pulso y una verosimilitud de buen cuño; hay un excelente manejo de la lengua española y, quizá lo más importante, muchas ganas de contar historias. El placer de narrar es algo que sentí en muchos de los cuentos que llegaron al concurso; esa pulsión narrativa que nos viene desde el principio, cuando nuestros abuelos africanos se sentaban en las noches en torno al fuego a dorar perniles,

contar las peripecias de la jornada, programar las faenas del día siguiente, conjurar sus fantasmas, inventar mentiras y descansar. Podemos resumir estas reflexiones así: con los ingredientes anotados (los excesos de poesía, reflexiones y descripciones, las posiciones políticamente correctas y los cierres fatalmente trocados) es posible arruinar, está demostrado, el mejor argumento del mundo.

En cambio, es posible narrar, con buen lenguaje, los elementos de la cotidianidad y las criaturas de la imaginación, historias que cumplan dos funciones aparentemente antagónicas: que sean hondamente humanas y, al tiempo, que obren como máquinas de fascinación; que agarren al lector por las solapas y no lo suelten antes del punto final.

**El ensayo**

Cuando escriben sobre el ensayo, los profesores no resisten la erudición de volver a citar al "padre Montaigne", algo tan original como citar a Cervantes el Día del Idioma, e insisten en que el género exige investigación y "rigurosidad". Se equivocan cuatro veces. Citar a Montaigne está bien para Google, en su entrada *essay*, o en un estudio sobre don Miguel, y ya. Creer que se puede escribir un ensayo a golpes de investigación es tan ingenuo como pensar que podemos hacer poesía a punta de diccionarios. El tercer error consiste en utilizar la palabra "rigurosidad", teniendo a mano una palabra seca y suficiente: "rigor". El cuarto error es creer que el rigor, una virtud de los tratados y

una obsesión en los cuarteles, es también un requisito del ensayo.

Nota: "rigurosidad" sugiere algo maluco, áspero, verrugoso. La prueba de que es una palabra muy fea es que Vargas Llosa la utilizó 47 veces en *La orgía perpetua*. Y la prueba de que el peruano es sordo es que fue capaz de ponerle Morgana a su hija. El nombre está bien para una señora corpulenta, pero chantarle esa cosa a una bebé es un pecado que solo se paga escribiendo tratados contra la sociedad del espectáculo los días pares, saliendo en las revistas del espectáculo los días impares y durmiendo todos los días con una señora que fue espectacular en los siglos pasados. Pero me desvío.

El buen ensayista no investiga, escribe sobre lo que ha reflexionado largo tiempo. Sabe que solo puede escribir bien, es decir, con agudeza y originalidad, sobre cosas que ha llevado largo rato cargando en la cabeza y en el corazón. Es tonto creer que se puede investigar esta noche sobre partículas de altas energías, digamos, y hacer un gran ensayo mañana.

Un buen ensayista tiene que saberlo todo sobre su materia, incluso qué es lo que los lectores saben (por ejemplo, que Montaigne es el padre de este género literario) para no andar repitiendo vejeces. El ensayo exige primicias y algo que olvidan muchos: tensión. Sin tensión, la reflexión resulta flácida, enciclopédica. Académica, en el sentido tedioso del adjetivo. Necesitamos controversia, primicias, pugnacidad.

La erudición, que viene siendo un punto de llegada en el tratado y en las monografías, es apenas el comienzo para el ensayista literario; el trampolín donde se apoya para salvar los vacíos de la ciencia o del espíritu, o sus propios límites.

Pedirle rigor es un contrasentido porque el ensayo es eso, una prueba, un ejercicio, no una monografía. Es un boceto, no un óleo. Una cometa, no un ladrillo. No sentencia: especula. No repta a punta de penosos silogismos: vuela. Exigirle rigor a un ensayista es como pedirle bibliografía a un poema o normas APA a un diagramador. El ensayista tiene licencia de irresponsabilidad. Por eso puede ir más allá del científico y escribir poéticas como Borges o metafísicas como Hawking, o metarrelatos como Steiner, Harari y Sagan.

El pulso de los buenos ensayistas se reconoce en su capacidad para urdir conjeturas. Así fue como descubrieron que el desastre de la biblioteca de Alejandría no fue el incendio de grandes obras dramáticas sino la pérdida fatal de un verso, la línea capaz de poner una sonrisa en los labios de Dios; que somos diestros, no zurdos, porque así nuestro puñal está más cerca del corazón del enemigo; que el lenguaje es comunicación, claro, pero su función secreta es mentir, crear ficciones capaces de aglutinar la tribu; que las teorías se hacen con rigor pero nacen de asociaciones muy libres; que gracias a un preciso equilibrio de pesos y contrapesos, la enorme cúpula de Santa María del Fiore de Brunelleschi se sostiene sobre sí misma, como la fe.

Las conjeturas pueden ser un risueño juego de palabras: "El futuro ya no es lo que era". O una especulación teológica: "La principal argucia del Diablo es hacernos creer que no existe". O una aguda observación epistemológica: "El brujo y el científico se parecen; ambos explican fenómenos visibles por medio de fuerzas invisibles". O una demoledora conclusión epistemológica: "No hemos avanzado gran cosa; solo producimos tautologías y contradicciones".

En cuanto a los ensayos que leímos en el Concurso Nacional de Escritura, los jurados sacamos en limpio estas conclusiones:

Hay más hibridación de géneros en los ensayos de los jóvenes. También son más legibles, más conjeturales y menos pedantes. La conclusión es fatal: la calidad de los ensayos disminuye con el aumento de la escolaridad.

La mayoría de los textos se inscriben claramente en la órbita del ensayo académico. Muy pocos tienen vuelo literario y se atreven a aprovechar las licencias conjeturales que el ensayo ofrece.

Pero resaltamos el hecho de que en ambas categorías (juvenil y adultos) los ensayos abordan asuntos polémicos y actuales: la política, la discriminación, la educación, el sexo, la tecnología. Hay tomas de posición inteligentes y mesuradas, preocupación por asuntos éticos y científicos y, punto central, un afán claro por ordenar ideas y pensar escribiendo. De alguna forma, de todas formas, los participantes tienen clara una cosa: el ensayo es el lenguaje del pensamiento.

Los jurados aplaudimos las estrategias del Ministerio de Educación Nacional y del Cerlalc para la promoción de la literatura en general y del ensayo en particular, un género clave y descuidado. Pero deberían tener en cuenta, junto con los profesores, que existen por lo menos dos maneras de abordar el ensayo: la académica y la literaria, e invitar a los escritores a que mezclen estos dos registros.

En este sentido, y considerando la primera conclusión de esta lista, resulta imperioso hacer talleres con los profesores. Están enseñando solo una manera de ensayar. Los invitamos a que estimulen el talento conjetural. Para el ensayista, la especulación es tan necesaria como la imaginación para el narrador.

A todos, los ensayistas y los narradores, quiero recordarles la sugerencia de Juan Manuel Roca: "Yo escribo a lápiz, pero la punta que más uso no es el grafito sino la otra, el borrador".

En suma, que no debemos olvidar que la escritura es, sobre todo, el arte de tachar.

**Julio César Londoño**

# Acta de los jurados

Los jurados finales de la tercera edición del Concurso Nacional de Escritura "Colombia, territorio de historias" se reunieron de manera virtual el once (11) de julio del 2022.

Pilar Quintana, Adelaida Fernández Ochoa y Fredy Chikangana fueron los jurados de la modalidad de cuento. Julio César Londoño, Velia Vidal y Alfredo Vanín fueron los jurados de la modalidad de ensayo. Después de realizar de forma independiente la evaluación de cien (100) textos finalistas, sesenta (60) cuentos y cuarenta ensayos (40), los jurados, tras una deliberación dialogada y argumentada, definieron a los seis (6) ganadores para cada una de las categorías infantil, juvenil y adulto, en la modalidad de cuento, y a los seis (6) ganadores para cada una de las categorías juvenil y adulto, en la modalidad de ensayo.

Los treinta (30) ganadores de "Colombia, territorio de historias" se hacen merecedores de los premios que corresponden a cada lugar, establecidos en las bases del concurso. Además, estos textos elegidos se publican en esta antología.

Pilar Quintana, Adelaida Fernández y Fredy Chikangana, después de seleccionar a los 18 ganadores de cuento, se refirieron a cada una de las categorías y dejaron esto consignado:

**CUENTO**

**Categoría infantil**

De los cuentos ganadores en esta categoría se destaca el universo infantil reconocible en los relatos por medio del uso de la fantasía y de las historias de aventuras. De igual manera, se reconoce la creación de personajes interesantes y complejos que demuestran una apropiación de elementos técnicos del género a pesar de la edad de los participantes.

**Categoría juvenil**

Acerca de estos cuentos ganadores se destaca el tratamiento de tramas bajo propuestas estéticas propias de la literatura contemporánea, así como la preocupación por abordar temas sociales comunes a la realidad colombiana.

**Categoría adulto**

En estos cuentos se reconoce la originalidad en el tratamiento de los temas de la violencia y de los problemas sociales de la realidad colombiana.

Por su parte, Julio César Londoño, Velia Vidal y Alfredo Vanín, antes de seleccionar a los 12 ganadores de ensayo, hicieron las siguientes consideraciones generales:

El grupo de jurados encuentra que son más legibles, más conjeturales y menos pedantes los ensayos de los jóvenes.

La mayoría de los textos se inscriben claramente en la órbita del ensayo académico. Muy pocos tienen vuelo literario y se atreven a aprovechar las licencias conjeturales que el ensayo ofrece.

Se resalta el hecho de que los ensayos abordan, en ambas categorías, asuntos polémicos y actuales: la política, la discriminación, la educación, el sexo, la tecnología.

Aplauden las estrategias del Ministerio de Educación Nacional y del Cerlalc para la promoción de la literatura en general y del ensayo en particular, un género clave y descuidado.

Los profesores, el Ministerio de Educación Nacional, el Cerlalc y los jurados deben tener en cuenta que existen por lo menos dos maneras de abordar el ensayo, la académica y la literaria, e invitan a los escritores a que mezclen estos dos registros.

Luego de las consideraciones generales, los jurados finales de ensayo seleccionaron a los 12 ganadores, y se refirieron a cada una de las categorías. Esto fue lo que dijeron:

**ENSAYO**

**Categoría juvenil**

De estos ensayos el jurado observa una saludable hibridación de géneros en muchos de los textos finalistas de esta

categoría: ensayo, narrativa, poesía. La redacción, la ortografía, el manejo de los conectores, la exposición del tema, la argumentación y los cierres tienen niveles aceptables.

**Categoría adulto**

El jurado observa en esta categoría un buen manejo de elementos formales (redacción, ortografía, conectores) pero, al tiempo, fallas en los contenidos debido a la dispersión de la argumentación, la rigidez del estilo y la pedantería en el punto de vista.

En constancia, los jurados del Concurso Nacional de Escritura Colombia, territorio de historias suscriben la presente acta, en la fecha de realización de esta sesión de deliberación, el once (11) de julio de 2022.

CUENTO

**Categoría infantil**

# La vaquita de la granja de mi tío Lino

**MIRIAN LISETH OSORIO LOSADA**
*Neiva, Huila*

Un día fuimos de campo con mi familia a la granja del tío Lino. Estando allá, él nos regaló una vaquita recién parida para que pudiéramos tomar leche cuando quisiéramos. Él mismo, en la tarde, nos dijo que la lleváramos al potrero que tenía mi abuela Nancy, ya que allí había mucha comida. Ese día, la trajimos en un camión desde la granja que queda en una vereda de nuestro municipio hasta las afueras del pueblo, donde queda el lote de mi abuela. La vaca era de raza Holstein, había que ordeñarla dos veces al día y daba seis botellas diarias. Debíamos dejar la leche de dos tetas para que la vaca alimentara su cría.

En la mañana del día siguiente, después de ordeñarla, la soltamos en el lote con su ternerita para que comiera hierba. Por la tarde, mi papi y yo fuimos a traer a la vaca y a la becerrita para separarlas, a fin de que la becerrita no se chupara por la noche toda la leche.

No fue fácil. La vaca se enojó cuando enlazamos a la hija y nos amenazaba muy brava con sus puntiagudos cuernos, pero logramos esquivarla. Mi papi y yo sacamos a la ternera

cargada y cerramos el broche de entrada al potrero para que la vaca no se saliera. Cuando nos alejamos, la pobrecita empezó a bramar y a correr desesperada reclamando a su hija. Por fortuna, el cerco de alambre de púas estaba en buenas condiciones y ella apenas olfateaba las cuerdas bien tensionadas sin intentar forzarlas.

El camino a casa es muy pendiente. La becerrita nos hacía resistencia y bramaba demasiado, pero mi papi y yo aguantamos todo el forcejeo y logramos llegar. A la ternerita le teníamos preparado un pequeño corral con hojas secas de plátano y muy cubierto para pasar las noches sin la vaquita.

A la mañana siguiente, fuimos bien temprano al lote. La vaca había estado parada al pie de la salida buscando a la hija. Apenas sintió libre el espacio, salió al camino y se dirigió a la casa con paso rápido, tan rápido que nos dejó botados.

Todos los días había que realizar las mismas actividades: por la mañana, traer la vaquita sola, darle la comida que le teníamos preparada mientras se maneaba, se ordeñaba y la dejábamos un rato en el corral con la ternerita suelta. Luego se llevaban a las dos al potrero y a las tres y treinta de la tarde tocaba realizar la tarea más difícil para nosotros: quitarle la ternerita a la vaquita, dejarla encerrada en otro sitio cercano y subir con la ternerita a la casa en medio de la lucha más tenaz.

Empezamos a consentir a la ternerita: le masajeábamos la parte de atrás de las piernas, le sobábamos el lomo, le

acariciábamos la cabecita y le hablábamos como a una niña chiquita y consentida. Le puse como nombre Princesa. Ella se acostumbró a mis contemplaciones.

Después de veinte días de estar con nosotros, fuimos con mi papi a traer a Princesa. Cuando ya estábamos en el potrero, vimos que la vaca caminaba con desespero en la parte de abajo, donde termina el pasto y empieza una vegetación más grande y tupida. Bramaba como pidiendo ayuda, siempre con la mirada en el rastrojo. Princesa no se veía por ninguna parte. A toda carrera bajamos al sitio donde la vaca se movía desesperada y mugía mirando hacia abajo. Concluimos que la ternerita debió sufrir un accidente grave para que no la pudiéramos ver por ninguna parte; había ocurrido lo que sospechábamos. Allí había una vegetación mayor que cubría un barranco de casi un metro de altura. Princesa no se percató del peligro y se resbaló, cayó en el pequeño abismo y quedó enredada en las varas de la vegetación sin poder moverse.

Cautelosos, nos fuimos dejando resbalar hasta el sitio donde vimos a la ternerita accidentada. Por suerte, en ella no se observaba herida alguna, pero estaba completamente enredada e inmovilizada por las plantas. Con el machete que mi papi llevaba en la cintura, él cortó las ramas y los bejucos que la presionaban, y tratando de sostenerla con nuestras manos, dejamos que cayera con suavidad al fondo del barranco. Después cortamos las matas que cubrían el camino y esto nos permitió sacar a la ternerita. Cuando

estuvo al pie de su mamá, se pegó con desespero a sus tetas y tomó leche a su gusto mientras nosotros la acariciábamos y la vaca la lamía con afán. Esta vez, nuestro trabajo de separarla de la madre y llevarla hasta nuestra casa fue mucho más fácil; ni la vaca ni la ternerita pusieron resistencia a nuestra acción.

Pasados dos meses, todo era más sencillo para nosotros. Tanto se acostumbró a mis consentimientos que bastaba con que me viera llegar por la tarde al potrero para venir con su madre a la puerta a saludarme, dejarse coger con el lazo y salir detrás de mí sin oponer resistencia alguna. Princesa estaba creciendo rápidamente.

Ayer llegó mi abuelito Juaco a visitarnos. Él vive en otro pueblo. Contrató una camioneta para llevarse a la vaquita con su cría porque, como la ternerita ya está más grande, la leche que produce la mamá es poca. Hay que destetar a la ternera porque la vaca está embarazada de nuevo; engendrará otro ternerito o ternerita, y pronto se le secará la leche del todo. Estuve toda la noche pensando en la ida de Princesa y sentí pesar de que se la lleven para la finca del abuelo Juaco, que queda muy lejos de nosotros.

Hoy sentí mucha tristeza cuando la subieron al camión para llevársela. Cuando el chofer prendió el carro, miré la cara de mi vaquita para despedirme y me pareció que con sus ojitos llorosos me quería decir algo. Sentí un vacío dentro de mí y con lágrimas en mi rostro la vi partir.

# Mirian Liseth Osorio Losada

17 de abril de 2010

Estudiante de la Escuela Normal Superior de Gigante, Huila. Desde muy pequeña disfruta de la lectura y la escritura de cuentos, en los que narra anécdotas vividas junto a sus padres y otros familiares y amigos. Ama pasear, la natación, todo lo que tenga suspenso y salir al campo. Le encantan los cuentos de Rafael Pombo y *La vorágine* de José Eustasio Rivera.

# El mundo de mis sueños

**JUAN DAVID**
**TRUCO LEÓN**
*San Benito Abad, Sucre*

Hace mucho tiempo, en un pueblo lejano vivía un niño al que le gustaba explorar todo. Un día fue al campo a jugar fútbol con sus amigos y amigas. En medio del partido, el balón salió del campo, bajó por una colina y tropezó con unos arbustos. Cuando fue a buscarlo, el niño se encontró con algo que nunca había visto en su vida: un aparato muy grande que parecía una pelota de fútbol americano gigante.

Al principio sintió mucho temor, pero la curiosidad lo llevó a subirse a ese aparato. Cuando entró, empezó a explorar todo lo que estaba en su interior y rápidamente se dio cuenta de que era una nave espacial. En ese instante, ¡fuuuummmm!, la nave despegó y viajó en tan solo unos segundos a un planeta desconocido.

Después de un aterrizaje veloz, las puertas de la nave se abrieron muy lentamente y al bajar de la nave el niño sintió que lo estaban observando. Cuando fijó su mirada en un arbusto, vio que de él salía un ser desconocido que al parecer era un extraterrestre y dijo sorprendido:

–¡Waooooooo, hay vida en este planeta!

El extraterrestre le habló en español:

–¡Entiendo tu sorpresa, pero no temas! ¡No te haré daño! Durante miles de años hemos estado observando el planeta Tierra y hemos aprendido sus idiomas, sus tradiciones y costumbres. Pero hay muchas cosas de los terrícolas que no queremos aprender.

–¿Qué cosas? –le respondió el niño.

–No cuidan la naturaleza y por eso su planeta se está destruyendo.

–¡Pero no todos somos así! –respondió el niño muy avergonzado.

–Ven, te mostraré lo hermoso que es nuestro planeta. La única diferencia con la Tierra es que un día acá es un año allá –le dijo el extraterrestre.

El niño quedó muy sorprendido con todo lo que estaba viendo: las hojas de los árboles eran muy grandes y de un color verde oscuro; las praderas eran hermosas; los animales eran muy grandes; el clima era muy agradable, y el aire que se respiraba era fresco.

–¿Sabes algo? Después de observar a los seres humanos, tengo mucho miedo de que invadan nuestro planeta y suceda lo mismo que allá –dijo el extraterrestre. El niño se sintió muy mal porque siempre había escuchado que los extraterrestres eran seres malvados y estaba viendo todo lo contrario.

Pasaron los días y el extraterrestre le anunció al niño que era momento de regresar al planeta Tierra. Le regaló una

mascota espacial: era un perro muy hermoso, muy grande, pero cariñoso. Su pelo brillaba como el sol y tenía algo muy especial: podía cumplir cualquier deseo que el niño le pidiera. El niño regresó a su planeta junto con su nueva mascota. Al llegar se dio cuenta de que sus amigos y amigas ya eran adultos y que la naturaleza estaba más destruida.

Todo esto lo dejó muy sorprendido y triste porque ya no tenía amigos. En ese instante recordó que su mascota podía cumplir sus deseos, por lo que inmediatamente le pidió que sus amigos volvieran a ser niños y que la naturaleza fuera igual que antes.

Su mascota empezó a verse resplandeciente y todo el lugar se oscureció. Cuando el niño abrió sus ojos y miró a su alrededor, estaba en su habitación, sentado en su cama.

Rápidamente se levantó y miró por la ventana, observó que todo era igual que antes. Salió corriendo y en menos de un minuto llegó al campo donde siempre jugaba con sus amigos. Ahí estaban ellos, felices como siempre, jugando fútbol, corriendo de un lado para otro.

En medio de su felicidad regresó a su casa en busca de su mascota. Buscó debajo de su cama, en la cocina, en el patio, pero no la encontró. En ese momento pensó que todo había sido un sueño.

Al día siguiente despertó y a su lado estaba un sobre con una carta que decía: "¡Todo lo que viviste fue real! Nuestro objetivo es que ustedes aprendan a cuidar su planeta, que entiendan que la naturaleza es sagrada y que la amistad es

el tesoro más grande que cualquiera puede tener. Atentamente, un amigo espacial".

# Juan David Truco León

25 de noviembre de 2014

No puede acostarse sin escuchar o leer un cuento para dormir. Le encanta jugar fútbol, dibujar y ver documentales sobre animales prehistóricos. Su padre fue quien le contó sobre el Concurso Nacional de Escritura, y el cuento con el que ganó lo escribió en su clase de español del colegio. Le apasiona escribir cartas a sus padres y componer canciones.

# Las aventuras de Crochetina y Libelinda

**JULIETA VALENTINA MÉNDEZ DUQUE**
*Bogotá D.C.*

Crochetina y Libelinda vivían en una casa árbol que construyeron en un verano. Crochetina tenía el cabello largo, hecho de lana y de todos los colores. Al pasar su aguja de crochet por su cabello, este se estiraba mientras ella tejía. Era un don que le debía a su ancestra. Si quería volar, se tejía unas alas de cigüeña; si quería ir por las aguas, se tejía una aleta de sirena, y si iba por tierra, lo hacía en su bici crochetera. Libelinda era una libélula morada con ojos grandes. Siempre que salían a pasear llevaban manzanas, maní con uvas, también una botella con agua y su kit tejeril: tijeras, aguja lanera y aguja crochetera.

Crochetina era la guardiana de Villa Vellón. Debía proteger la Villa de Peter Polvín, una astuta polilla que, debido a su polvillo y a su ávido apetito, era temida por todos. Además, era muy aterradora. No necesitaba gritar para infundir temor. Al llegar, esparcía su polvillo que producía comezón y desesperación. Le gustaba comer y destruir todo lo que había en Villa Vellón.

Peter vivía más al norte, en el valle de los vientos, que era un lugar muy desértico. Por eso vivía muy hambriento.

Andaba buscando comida aquí y allá. Siempre encontraba la manera de devorar todo lo que veía, ya que tenía una gran cantidad de larvas a quienes alimentar. Se llevaba todo lo que podía en una malla que cargaba en sus patas. No se podía negar que era un padre responsable.

Así que Libelinda le avisaba a Crochetina cada vez que lo veía y ambas cuidaban cada cuadra y cada esquina.

Hacía varias lunas melcochudas que Peter Polvín no se acercaba a molestar. Crochetina y Libelinda habían bajado la guardia y pensaban que después de su última lucha no volvería. Pero Peter Polvín, por otro lado, tramaba hacer daño.

Libelinda y Crochetina llevaban horas recorriendo la villa en bicicleta. Pasaron por la casa de Jirafo, quien hacía una torta de ahuyama deliciosa. A él y a sus hermanos les gustaba mucho cocinar, pero lo hacían solo por placer.

–¡¡¡Mmmmm!!!, ¿qué es ese olor? –dijo Crochetina

–Es mi torta de ahuyama –dijo Jirafo, quien, al verlas, las invitó a pasar y a degustarla.

–Mi boca alucina. Qué delicia –dijo Crochetina.

Jirafo y sus hermanos vivían en un quiosco de paja, dormían en hamacas y tenían un horno de leña donde hacían toda clase de manjares. Sí, la verdad, eran medio hippies. Esa tarde comieron y contaron unas historias muy chistosas. Libelinda se orinó de la risa y a Crochetina le dio un calambre en la mejilla de tanto carcajear. Crochetina recordó que estaba de guardia, entonces ella y Libelinda

se despidieron de sus amigos muy contentas de haber pasado una tarde realmente agradable y salieron juntas del quiosco. Como fue una tarde agitada, ya estaban cansadas. Anochecía y Peter Polvín acechaba el lugar.

Había una ovejita de lana púrpura a la que Peter Polvín le había probado hace poco sus orejas. Decía que sabían delicioso, y todas las noches soñaba con comérsela y darle un poco a sus larvitas.

Peter Polvín vio que Libelinda y Crochetina salían de casa de Jirafo y sus hermanos. Las siguió sigilosamente hasta que las encontró desprevenidas. A Crochetina se le olvidó la linterna y Libelinda tenía mucho sueño, así que se acomodó sobre el hombro de Crochetina y se durmió plácidamente. Solo la luz de la luna melcochuda alumbraba su camino.

Peter aprovechó la oscuridad y el cansancio que tenían, así que fue a buscar su delicioso manjar. A Crochetina le llamó la atención un sonido a lo lejos.

–¿Qué es? –le preguntó a Libelinda, a quien despertó.

Libelinda descubrió con mucha atención que las ovejas de Carmela balaban nerviosas. Como Crochetina iba en su bici, llegó rápidamente al rebaño donde Carmela se encontraba llorando muy triste.

–Mi ovejita, la purpurita, se la llevó volando. Mi ovejita.

–¿¡Quién fue!? ¿¡Quién fue!? –preguntó Crochetina.

–Peter Polvín... fue ese malvado. Mira, por tratar de salvar a mi ovejita, su polvillo me ha dejado con ampollas.

–No te preocupes. Yo la traigo –dijo Crochetina.

Crochetina y Libelinda salieron en busca de la ovejita para darle su merecido a Peter Polvín. Libelinda alzó su vuelo y alcanzó a ver a Peter Polvín con la ovejita en sus garras.

–¡Va al norte! –le avisó a Crochetina.

Crochetina dejó su bici, sacó su aguja de crochet, la enredó en su pelo y tejió unas alas en un dos por tres, se las puso y alzó el vuelo, mientras se dirigía a rescatar a la ovejita de Carmela. No podía olvidar que debía recoger el antídoto del polvillo, que fabricaban las flores de girasol, y tomárselo. Cuando Peter se dio cuenta de que Crochetina venía detrás de él, empezó a hacer vibrar su cuerpo y a espolvorear su polvillo venenoso; pero Crochetina ya tenía su antídoto, y en el aire empezó una lucha cuerpo a cuerpo. Peter no soltaba a la oveja. Crochetina lanzó su gancho y soltó la malla donde aquel malvado llevaba a la oveja, quien por el forcejeo cayó y, mientras caía, balaba y balaba asustada. Libelinda apareció. Si la hubieran visto, habrían sabido de la superfuerza que ella tenía. Arrebató a la oveja de la muerte, y la llevó a su hogar, adonde doña Carmela, quien, al ver a su ovejita, saltó de alegría y la abrazó sin cesar.

Mientras tanto, Crochetina a Peter Polvín amarró y le advirtió:

–A mi villa no vuelvas porque conmigo te encuentras –y lo encerró en una cueva lejos de Villa Vellón.

Pero Peter Polvín no se resignó, y todo el tiempo les gritó:

–¡¡¡¡Atrevidas!!!! Ustedes no saben quién soy yo. Peter Polvín soy. De esta saldré y me vengaré, y esas ovejitas comeré.

A su vez, Crochetina y Libelinda tranquilizaron a Carmela, pues pasaron un susto gigantesco. Regresaron a su casa árbol tranquilas, con la satisfacción del deber cumplido, y más que nunca dispuestas a seguir siendo las guardianas de Villa Vellón.

# Julieta Valentina Méndez Duque

21 de julio de 2014

Pasó la pandemia escuchando los cuentos que su mamá le leía y, gracias a esas noches de historias, decidió un día empezar a escribir sus propios relatos. Sus ratos libres los pasa dibujando y haciendo muñequitos en plastilina, cerámica y origami. Toca el clarinete en la Banda Sinfónica de Nobsa.

# Viaje en el tiempo

**DANNA ISABELLA VIVEROS ROA**
*Bogotá D.C.*

Érase una vez una chica de pelo castaño llamada Laura. Laura era muy feliz con su mascota, un perro llamado Milo, de pelo blanco y una manchita dorada muy tierna. Ella amaba pasar tiempo con él porque era una muy buena compañía; era como su mejor amigo. Ellos pasaban muchas aventuras juntos y Laura lo amaba demasiado.

Un día, para ser exactos el primer día de clases, Laura estaba muy emocionada, ya que después de dos meses de vacaciones al fin podría ver a sus amigos Manuel y Marizza. Ellos eran los mejores amigos de Laura: también compartían mucho tiempo juntos fuera de la escuela, hacían la tarea, iban al parque e incluso se iban de viaje. Un día, Milo amaneció muy enfermo. Laura estaba muy preocupada y se sentía muy triste. No quería que Milo muriera, ya que él era su amigo más fiel. Pasaron semanas y Milo seguía muy enfermo, hasta que un día murió. Laura se sentía muy mal, se encerraba en su habitación y no salía de allí. Una noche, Laura soñó con Milo y descubrió la forma de viajar al pasado y poder cambiar lo que pasó; tal vez Milo murió por algo que comió. Al despertar, Laura se puso a pensar y dijo:

–Pero él no murió por la edad. Apenas tenía 2 años.

Al día siguiente, Laura se encontró con sus amigos y les contó su sueño. Ellos le dijeron que era una tontería, aunque sabían que Laura haría lo que sea por salvar a Milo y, ahora que tenía la oportunidad, lo haría con mucha razón. Laura les pidió ayuda. Solo recordaba un lugar: el bosque.

–¿Estás segura de que quieres hacer esto? Digo, no soy experta con el tiempo, pero puede ser muy peligroso. Tal vez afecte tu futuro –dijo Marizza.

–Marizza tiene razón –dijo Manuel.

–Lo sé, chicos, pero saben que haría de todo para salvarlo, además fue mi primera mascota, lo cual duele. Era como mi mejor amigo, bueno, mi mejor amigo perruno.

–Está bien –respondieron los chicos.

–Gracias, gracias, gracias, no saben cuánto se los agradezco –Laura respondió con mucha emoción.

Los chicos fueron al bosque y Laura, desesperada, no sabía qué hacer. Ellos esperaron pacientemente un par de horas hasta que se cansaron y, un poco decepcionados, fueron de vuelta a casa. Llegaron a casa. Laura estaba agotada por el día que tuvo. En el instante en que llegó a casa fue directo a su habitación y deseó poder ver a su perro por última vez. Llorando, se empezó a dormir. De nuevo, Laura soñó con Milo, pero esta vez era diferente: ella lo sentía. Sentía que estaba con su mascota.

Llegó el día y Laura, sin rendirse de nuevo, fue al bosque a intentarlo nuevamente. Esta vez Laura sabía que era

diferente y aparentemente lo era. Siguieron buscando y no encontraron nada, pero Laura notó algo diferente. Siguieron buscando hasta que al fin lo encontraron; ¡¡encontraron un portal!!

Los chicos estaban tan emocionados. No lo podían creer, sobre todo Laura. Estaba tan feliz, pero faltaba algo: ¿cómo hacer para viajar al pasado? Y, lo más importante, ¿cómo murió?

"Para poder salvarlo necesito saber cómo murió", pensaba Laura. No tener una respuesta para eso la ponía muy ansiosa. No tenía ni idea de cómo viajar al pasado e impedir que muriera, pero para hacerlo tendría que saber cómo murió. Laura estaba reduciendo sus notas, ya que tenía muchas cosas en la cabeza, y no paraba de pensar en sus sueños, en Milo y en el portal mágico. Un día, Laura recordó que Milo comió algo de la calle y, en medio de la clase de filosofía, se paró de su asiento y gritó: ¡¡Murió por intoxicación!!

De repente, toda la clase se murió de la risa. Laura le pidió perdón a la profesora y se volvió a sentar. En cuanto sonó el timbre del recreo, Manuel y Marizza le preguntaron a Laura:

–Ya encontraste la razón por la que murió Milo, ¿verdad?

Laura no podía responder; estaba en shock. Manuel y Marizza la trataban de ayudar. Ese día era lunes y Laura, para poder viajar en el tiempo, tendría que esperar hasta el fin de semana.

Martes: Laura no aguantaba más hasta que fuera viernes. Sabía que debía concentrarse en sus estudios. Intentaba

estudiar y avanzar en sus tareas. Intentaba compartir con sus amigos para ver si así se pasaba más rápido el tiempo. Intentaba de todo para no recordar a su amigo perruno, pero no lo conseguía. Era imposible no pensar en Milo y en la idea de salvarlo.

Miércoles: ¡Otro día más! Laura se levantó ese día más temprano que de costumbre. Decidió que iba a ser diferente debido a la gran espera por la llegada del fin de semana. Decidió no tomar el autobús hasta su colegio, sino caminar, transitar por el camino más largo que solía tomar con Milo. Decidió que disfrutaría, tanto como lo hacía con él, el olor a tierra mojada y la forma en que los rayos del sol se colaban en las hojas de los árboles. Mientras tanto, Laura se concentraba en sus clases y ahora, sin tantos pensamientos en su mente, se sentía serena y mucho más tranquila. Ella sabía que Milo se sentiría feliz si ella está feliz.

Jueves: Laura se levantó con el ánimo más grande del mundo. Creía que, si disfrutaba el tiempo haciendo lo que más le gustaba y compartiendo con sus amigos, el tiempo se pasaría más rápido, pero notó que, en realidad, disfrutaba todo eso. La verdad es que la pasó muy bien y había olvidado completamente viajar en el tiempo.

Viernes: Laura pensaba en Milo, pero ya no con tristeza, sino con amor, y recordaba todos esos momentos felices. Decidió dejarlo ir. Sabía que no lo tendría toda la vida. Lo amaba y lo va a amar toda su vida. Tenía que aceptar su presente y sabía que ese sueño era una señal.

# Danna Isabella Viveros Roa

11 de septiembre de 2011

Ama hacer manualidades, jugar baloncesto, compartir el tiempo con sus amigos y escuchar música. También le gusta cocinar con su mamá, su papá, su abuelita y su tía. Allí en la cocina también encuentra un espacio para crear. Es fanática de la aplicación Pinterest porque allí siempre encuentra ideas para seguir creando. Lo que más desea en la vida es ser feliz. Esto lo logró mientras escribía este cuento. Su libro favorito es *Grifonía*, de Michel Peinkofer.

# El niño y el gato que llevaron su amistad al cielo

**MIGUEL ÁNGEL CUPITRA HERNÁNDEZ**
*Bogotá D.C.*

Había una vez un niño que estaba en su séptimo primer día de clase. Ese niño, llamado Miguel, caminaba todos los días hasta su colegio, pero algo cambió una semana después de que iniciara clase: él veía un gato todos los días, pero notaba que cada día tenía un color diferente. El primer día que lo vio era de color blanco con manchas negras y ojos verdes; al día siguiente era café, blanco y negro con ojos azules; al tercer día era gris con rayas negras y de color blanco sus patitas, con ojos de color miel claro, y así se repetía todos los días. El niño, aparte de solo quedarse mirándolo, lo consentía y esto se volvió una costumbre. Al décimo octavo día, el niño se fijó en que el gato siempre lo miraba en clase. En el descanso, en especial en la clase de educación física, el gato se hacía siempre a su lado.

Un día, él vio que el gato le estaba pidiendo comida a unos señores, pero no le dieron. Entonces, el niño decidió comprarle una latita de atún para que se la comiera. Y hacía eso todos los días, hasta que de tanto repetirlo se volvió una costumbre. Un día, el niño iba a hacer una

pijamada con sus amigos y amigas. Él le había hecho una invitación a Matías, Jerónimo, Salomé, Sofía e Isabella.

Primero decidió ir a darles la invitación a Jerónimo y a Matías. Luego lo hizo con Salomé, Sofía e Isabella. La pijamada era para el veinticinco de ese mismo mes porque tenían vacaciones. En el receso se sentaron todos juntos para charlar sobre cómo iba a ser la pijamada y a quién le encargaban tal cosa: a Matías le encargaron la bebida; a Jerónimo y Salomé, las películas; a Miguel, los juegos, y a Isabella y Sofía, la comida.

A Miguel le surgió una duda. Él pensó: "¿Será que mis padres me dejarán tener un gato? Quiero traer a Tomy a casa. No creo que me dejen, pero lo tengo que intentar".

Él fue corriendo a donde sus papás y les preguntó:

–¿Padres, puedo tener un gato?

–Mmm, pero nos prometes que lo vas a alimentar, a cuidar y también a querer.

–Sí, padres.

–Bueno, pero, ¿estás seguro seguro?

–Claro que sí.

–Bueno, si tú quieres tener un gato, te daremos un gato.

El salió corriendo a la calle a recoger a Tomy (así le puso al gato). Corrió y corrió tanto que casi alucina. Poco después vio que le estaban pegando con un palo y una piedra.

Él llamó a sus amigos para que le ayudaran a detener a quienes le estaban pegando a Tomy, y como ya eran seis contra dos, los mandaron corriendo para la casa. Miguel

llevó a Tomy a la veterinaria, lugar donde cuidan animales. Allí le dijeron que todo estaba de maravilla. Él lo llevó a casa para presentárselo a sus amigos.

Muy tristemente, un día lo dejó un momento para comprarle una latita de atún, pero Tomy corrió porque había un perro muy grande al lado de él. Miguel se dio cuenta y lo persiguió, pero Tomy cruzó la calle y un camión lo atropelló, y a Miguel también.

Los llevaron al hospital. Allí –¡cáspita!– el doctor les dijo a los padres de Miguel que todo estaba bien: que ambos se habían roto tres costillas, pero que se iban a recuperar muy pronto, por ahí dentro de unos cuantos meses.

Todos los meses sus amigos les llevaban comida, caramelos, bebidas y peluches. Después de mucho tiempo (o sea, seis meses), Miguel y Tomy se recuperaron y estaban muy sanos, y siguieron como si no hubiera pasado nada de eso.

Un día, Miguel descubrió que el mayor miedo de Tomy eran las arañas, pues Tomy gritó: "¡Miauuu, miau, miauuuuuu!", que en el latín de gatos significa "¡Aaaaaaaa, una araña!". Él ya sabía qué le gustaba a Tomy: le gustaba atrapar moscas, jugar, hacer desastres en la casa de Miguel y de sus familiares, y no le gustaban las arañas, ni la leche ni el pescado, pero sí le encantaban los vegetales.

Cuando crecieron, Tomy y Miguel se fueron de viaje a Estados Unidos. Allí Tomy se enamoró de una gata llamada Marie y todos los días se visitaban. A Miguel le gustaba ir al nuevo colegio: era grande, más espacioso y había

profesores un poquito más chéveres que los de su colegio en Colombia. También le gustaba Estados Unidos porque allí queda Disney World. Miguel había soñado toda su infancia con ir a Disney World, y lo hizo. Tomy y Marie duraron dos años en Estados Unidos y tuvieron tres hijos: uno llamado Chimuelo; otro, Tomy Junior, y la última, Tasha. Ellos eran muy felices hasta que Tomy y Miguel tuvieron que regresar a Colombia.

Cuando crecieron un poco y Miguel tenía ya 18 años, viajó con su familia por todo el mundo, y de últimas fueron a Estados Unidos para visitar a Marie. Allí se la encontraron después de una semana de llegada y se quedaron a vivir todos juntos.

Pero un día muy lamentable fue cuando estaban viajando a Nueva York; un camión los atropelló, y todos murieron. Lo que ninguno de ellos esperaba era que cuando subieran al cielo, todos se reencontrarían y vivirían felices para siempre.

# Miguel Ángel Cupitra Hernández

22 de noviembre de 2011

Estudiante del Colegio Santo Domingo Bilingüe de Bogotá. Su cuento nació del amor de su madre hacia la escritura, así como del que siente su profesora de castellano por la lectura. Dedica su tiempo libre a leer cuentos, ver películas, montar tabla, dibujar, hacer esculturas y hablar con sus amigos. Cuando va al campo, aún busca a Tommy, su gato perdido, que inspiró esta historia. Le dedica este cuento a sus amigos, a sus padres y a Tomy.

# El perro que buscaba una madre para dos cachorros tigres

**YUBERLI VARGAS ÁNGEL**
*Neiva, Huila*

Había una vez un perro llamado Teddy que salió a pasear con su dueño en el bosque. Teddy, que era un perro muy aventurero, quería encontrar amigos para jugar. En un descuido de su dueño, Teddy se escapó y se internó en el bosque. Su dueño, al percatarse de que Teddy no estaba cerca de él, comenzó a buscarlo de manera desesperada. En el bosque, Teddy se dio cuenta de que estaba perdido. Aun así no perdió la calma y comenzó a explorar. Cuando estaba a punto de llegar a la cima de una montaña, Teddy vio a lo lejos una tigresa con sus dos crías, la cual estaba siendo apuntada con un arma por un cazador. Al ver esto, Teddy intentó distraer la atención del cazador, pero no lo logró. El cazador disparó su arma y mató de manera fulminante a la tigresa. Así dejó huérfanas a sus dos crías.

Teddy intentó llevarse el cuerpo de la tigresa, pero el cazador se lo impidió. Sin embargo, persistió y al cabo de cierto tiempo regresó al lugar, pero ya la tigresa no estaba; solo se encontraban sus dos crías indefensas. Esta escena llenó de ternura a Teddy, quien no pudo dejarlos solos, y

decidió llevarlos consigo. Al no poder conseguirles leche, los alimentó con frutas silvestres del bosque, las cuales los tigrillos no saborearon con gusto. Teddy comprendió que los tigrillos son carnívoros. Por lo tanto, decidió ir en busca de carne para alimentarlos. Mientras caminaba por el bosque, halló la casa del cazador que había matado a la tigresa, en donde se estaba cocinando un pollo. Al ver el delicioso manjar, Teddy quiso llevárselo, pero el cazador lo ahuyentó. No obstante, Teddy persistió. En un descuido del cazador, tomó el pollo y se lo llevó.

Teddy dio de comer a los tigrillos el pollo que había tomado de la morada del cazador y, mientras ellos comían, salió a dar un paseo. En ese instante, observó a lo lejos una tigresa. Teddy se acercó a ella para llamar su atención y pedirle que fuera con él hasta donde se encontraban las crías, pero no lo logró. La tigresa continuó su camino, pero Teddy, de nuevo muy persistente, la siguió hasta una montaña muy alta donde pudo ubicar el lugar en el que estaban sus crías. Entonces decidió regresar por las dos crías de tigre huérfanas y llevarlas hasta donde la tigresa. La montaña era muy empinada y Teddy tuvo que hacer un gran esfuerzo, que fue visto a lo lejos por la tigresa, quien al ver la determinación de Teddy decidió ayudarle.

El perro le pidió a la tigresa que aceptara a las crías huérfanas como suyas y les brindara protección y alimento, a lo cual la tigresa aceptó. Teddy se despidió de los tigrillos, quienes le agradecieron con una tierna mirada por haberles

encontrado una nueva madre. Habían transcurrido varias horas y Teddy sintió que debía regresar con su amo, el cual seguía buscándolo afanosamente por el bosque. Después de varias horas y ya al atardecer, Teddy escuchó a lo lejos el sonido de voces humanas, por lo cual corrió con rapidez para tratar de localizarlas. Para su fortuna, era su amo, que estaba a punto de cesar la búsqueda para regresar a su casa. Teddy corrió con alegría a su encuentro y su amo lo recibió con muchas caricias. Teddy nunca olvidará cuando un día se perdió en el bosque, pero a su vez ayudó a dos crías tigres huérfanas a encontrar un nuevo hogar.

# Yuberli Vargas Ángel

27 de mayo de 2008

Ama ver documentales sobre animales y escuchar música. Le gusta imaginar mundos donde los personajes puedan demostrar sus sentimientos sin miedo alguno y leer historias de personajes sorprendentes. Le encanta dibujar, pintar, leer y escuchar música.

CUENTO

# Categoría juvenil

# Iperita

**NICOLÁS ANDRÉS BARNER LÓPEZ**
*Bogotá D.C.*

Rezaba.

Rezaba con toda la fuerza de su corazón mientras corría entre las trincheras. Sus sienes latían por las balas que silbaban junto a sus oídos. El uniforme empapado en sudor y las enfangadas botas se asemejaban más a una escafandra que al impoluto traje de color azul horizonte que le habían entregado con su llegada a Ypres. Estando en julio, las nubes de tierra y polvo se habían llevado consigo cualquier atisbo del precioso verano belga que había podido apreciar un par de días antes, cuando se acercaba a la ciudad.

Sus compañeros, los que contaban con la suerte de no haber sido heridos todavía, corrían a su lado, encogidos entre los pasadizos de la zanja y con sus armas pegadas al pecho. Quienes no habían contado con dicha suerte estaban a sus pies, desangrándose entre frágiles latidos y con sus armas enterradas en el suelo, si es que no habían muerto todavía.

Le habían advertido que los alemanes lucharían como demonios, pero nunca a nadie se le ocurrió mencionar que también traerían a sus espaldas el infierno en la Tierra.

Con cada parpadeo que daba, veía la explosión de una nueva granada a unos pocos metros de él.

Con cada paso que avanzaba, escuchaba el sonido fresco de las entrañas de un aliado siendo atravesadas por una bayoneta.

Con cada inhalación que entraba a sus pulmones, sentía el olor sulfurado de la artillería que desmoronaba un poco más sus defensas.

¿Se había vuelto loco?

¿Cómo había terminado allí, perdido entre el torbellino de esquirlas y gritos desaforados de los hombres que nunca más volverían con sus familias?

Los abrazos de su prometida se sentían tan lejanos que habían dejado de pertenecerle en el interior de aquella pesadilla de fuego sin fin. No estaba seguro de si todo hacía parte de su imaginación, una jugada cruel de su mente, o si el caos y la destrucción ante sus ojos era real. Cuando asomaba la cabeza por el borde del alambre de espinos y disparaba sin apuntar, ni siquiera pensaba en si le había dado a alguien o no. Una vida más o una vida menos en un averno como aquel no podía tener valor alguno.

Le faltaba el aliento. No sabía cómo era capaz de sostener su arma con las manos agrietadas por el barro, pero seguía corriendo con la totalidad de su existencia. No existía otra opción. Nueva ronda de ataques de artillería. *Un*. *Deux*. *Trois*. Perdió la cuenta de las explosiones cuando una le arrancó el casco y lo hizo caer al suelo. De la gente que

iba frente a él no había quedado más rastro que el de los fusiles de cerrojo convertidos en chatarra y el grito distante de la retaguardia, que los vio desaparecer bajo la explosión del obús.

El hedor a muerte y miedo lo impregnaba todo, y estaba próximo a convertirse en parte de ese hedor cuando un par de manos lo halaron con firmeza desde el cuello de su guerrera. Se sintió arrastrado por encima de los cuerpos sin vida, dejando atrás sus charreteras. Oía en la distancia a alguien que le hablaba con un acento que vagamente le recordaba a la comuna en la que nació.

El olor del pasto húmedo llegaba a su nariz como en los días de primavera y lo envolvía delicadamente con su abrazo. Los rayos del sol lo cegaban y las briznas de hierba le producían cosquilleos con su roce. El rocío del amanecer hacía que las ráfagas de viento se sintieran más frescas que de costumbre. Pronto regresaría a casa y volvería a verla, a su amada, con su mirada anhelante, con los ojos de color ámbar que enardecían su alma.

Fue entonces cuando recobró su consciencia: el canto de los pájaros del amanecer fue reemplazado por los agónicos quejidos de los heridos que lo acompañaban en su infortunio, y el sol que lo había encandilado de repente se convirtió en los destellos lejanos de la artillería, que retomaban sus ráfagas una vez más.

Lo único que seguía acompañándolo era el viento: esas borrascas que le recordaban a su niñez, a los días en que se

perdía durante horas en el interior del bosque junto con sus hermanos mientras sus padres trabajaban en las cosechas. Si cerraba sus párpados por unos segundos, podía recordar la fragancia fresca de las bayas que recogían, el olor picante de las coles pútridas en la despensa, la esencia espirituosa de las uvas en la cocina. Todo iba a terminarse antes de que se diera cuenta.

Entonces ocurrió. El azar, verdugo bastardo de la probabilidad, permitió que uno de los armatostes de acero doblado impactara casi a su lado. Pero no murió. En cambio, vio cómo un líquido acre brotaba desde el proyectil hacia todas las direcciones y salpicaba su mano con un poco de la desconocida sustancia.

Estaba desconcertado. Era como si el cielo hubiese escuchado sus plegarias y lo estuviera salvando de morir despedazado por la expansión de la pólvora al convertir el interior de aquella arma en miel. O al menos eso parecía por su color: un color como el de la mirada de su prometida.

Alejó la vista de su mano cuando se percató de que las demás personas que se encontraban cerca habían caído al suelo, retorciéndose mientras luchaban por respirar, con sus cuerpos cubiertos por ampollas de color dorado. Sus rostros afables se habían transformado en aberraciones indescriptibles, y los fornidos soldados con los que había estado luchando ahora lucían como peces fuera de un estanque. Lo único que podía diferenciar todavía en ellos eran sus deformados bigotes.

Mientras pensaba con temor en qué clase de arma podría causar tal tortura, sintió el olor crudo de los granos de mostaza recién machacados al que se había acostumbrado cuando vivió junto al campo. Y comprendió demasiado tarde que esta vez el aroma no estaba en su imaginación y que el líquido que le recordó a su amada lo había sentenciado a muerte.

# Nicolás Andrés Barner López

31 de octubre de 2003

Ilustrador y estudiante de medicina en la Universidad de Ciencias Aplicadas y Ambientales (UDCA). Su mayor deseo es vivir en un lugar en el que pueda ejercer sus dos profesiones al mismo tiempo. Sus amigos más cercanos suelen describirlo como alguien bohemio y taciturno, con más afinidad por los escritos que por las personas. Entre ellos, lo llaman Brujita.

# Ojalá que el cielo

**JOHAN SEBASTIAN RUIZ ARAQUE**
*Bogotá D.C.*

Recargado sobre un tronco viejo cubierto de musgo, el joven escucha el silbido de los proyectiles que pasan rozando las hojas a su alrededor. Lleno de miedo y con su arma empuñada, no se atreve a mirar hacia otro lado más que al frente mientras en voz baja ruega al cielo por su vida. Gritos desesperados de rostros que no puede divisar en medio de la espesa vegetación, el humo de las balas y los pequeños animales escabulléndose en la tierra agitan el ambiente, pero él solo puede pensar en lo mucho que desea que todo acabe.

Pero las ráfagas persisten. Incapaz de revisar su cuerpo por temor a encontrar una herida, cierra los ojos un momento para recordar su pequeña casa oculta en medio de la montaña; las mañanas en que corría por las lomas de pasto hasta el arroyo cercano donde nadaba con sus hermanos, riendo y jugando, escuchando las melodías que entonaba su madre en la distancia, viendo los árboles mecerse por el viento, no por las balas. Extraña la única vida que había conocido. Todo había cambiado tanto. Ahora estaba en medio de una guerra que no entendía, con la zozobra de nunca volver a ver a

su familia. Lágrimas de nostalgia brotan de sus ojos, como lo hicieron los de su madre unos meses atrás mientras él se alejaba en un pequeño camión junto a otros jóvenes, engañados, asustados, molestos, sin más porvenir que aceptar lo que los hombres sin rostro decidieran por ellos.

Se siente agotado, pero no puede distraerse en esos momentos. Apenas sabe disparar el arma. Está consciente de que en cualquier momento alguien puede aparecer entre la maleza. Sin embargo, en medio de su agonía interminable nota que el ruido ensordecedor de los fusiles empieza a cesar lentamente. Con su mano temblorosa palpa su cuerpo. Afortunadamente, no siente dolor alguno. Por un tiempo se queda quieto y en silencio, diez minutos tal vez, hasta que no escucha nada más que los sonidos de la naturaleza. Todo parece en calma. No hay gritos ni botas acercándose. No hay disparos, solo el humo persiste en el ambiente. El miedo se convierte de pronto en una tímida esperanza, pues piensa que podría quedarse oculto tras el árbol hasta estar seguro de que no haya nadie alrededor y escapar: ser libre de nuevo, buscar a su familia, volver a abrazarlos a todos. Después planearía cómo hacer realidad ese sueño. Confía en que seguramente los hombres sin rostro lo darían por muerto y no lo buscarían. Nadie sabría que lo había logrado.

Sus pensamientos son de pronto interrumpidos por un suave rumor que proviene de la maleza frente a él. Algo se mueve lentamente, como si alguien estuviera avanzando oculto a través de la hierba. La angustia lo vuelve a invadir y

rápidamente apunta el arma al frente. Cada vez se hace más claro el sonido de un par de botas que van directamente hacia él, paso a paso, mientras crujen las ramas que dejó por todo el suelo el enfrentamiento. Con el dedo en el gatillo, sudando frío, se llena de estupor al ver salir a un niño de entre la maleza. Ve sus ojos llenos de terror, su rostro pálido y sucio, el arma que sostiene con esfuerzo entre sus brazos, el uniforme que significa enemigo. Pasmados los dos, frente a frente, en silencio y sin saber qué hacer, el tiempo parece congelarse en sus miradas.

En cuestión de segundos el niño parece volver en sí y con rapidez hace el ademán de levantar el arma. El ruido seco de la pólvora silencia de nuevo la naturaleza y cae el cuerpo sin vida del pequeño a los pies del joven. Lágrimas empiezan a brotar sin control de sus ojos cansados mientras el pecho se le oprime y siente que no puede respirar. No puede entender lo que acaba de hacer o cómo sucedió. El fin de una vida por su mano, sin tener la certeza siquiera de si aquella alma perdida, como la suya, iba a disparar. Hastiado, suelta el fusil sobre las hojas mientras sus manos tiemblan sin control, con la mirada fija en el cuerpo inerte que yace a sus pies. Pide perdón al niño mientras le reza a un cielo que parece haberlo olvidado, pero que necesita más que nunca.

Intenta controlar su respiración y seca las lágrimas con sus manos llenas de tierra, sin poder olvidar la mirada asustada de aquel niño sobre él. Pero a medida que recobra el

aliento aparece la sensación de un ardor molesto en su abdomen. Intenta girar su cuerpo con dificultad mientras el ardor se convierte en un dolor punzante e insoportable. Con su mano se palpa el torso y nota con gran terror cómo la sangre empieza a inundar su mano y a mojar su uniforme. Desesperado, piensa en las lágrimas de su madre despidiéndose mientras el camión se alejaba de las colinas donde había nacido, en el deseo profundo que sentía de saltar y correr de nuevo a sus brazos. ¿Habría sido aquel niño? ¿Tal vez ya estaba herido? En cualquier caso, la vida se le está yendo y sabe que no podrá regresar a su casa. Más recuerdos atraviesan su mente: el arroyo, correr sobre el pasto, los días perdidos en que aún podía sonreír, mezclándose sin piedad con la culpa de haber disparado, con la mirada del niño frente a él, con el sonido del arma al apretar el gatillo.

Lentamente, la blancura empieza a nublar el paisaje y cada vez le cuesta más mantener los ojos abiertos, mientras una profunda tranquilidad parece detener el temblor de su cuerpo y llenarlo de una calma que ya había olvidado. Débil, observa nuevamente al niño en la tierra y luego alza sus ojos, a punto de apagarse para siempre. Ojalá que el cielo, al que en días mejores miraron con fe, pueda perdonarlos.

# Johan Sebastian Ruiz Araque

5 de mayo de 2003

Estudiante de ingeniería electrónica de la Universidad Nacional de Colombia. Desde niño ha cultivado el gusto por la lectura, el cine y la música. Sus autores favoritos son Gabriel García Márquez, Julio Cortázar y George Orwell. Siempre fue su deseo publicar un cuento, y hoy, después de haber participado en todas las versiones del Concurso Nacional de Escritura, este sueño se hace realidad.

# María del Catatumbo

**ALEJANDRO PEDRAZA CARO**
*Tunja, Boyacá*

De la mano de su madre, la joven María miraba hacia atrás tratando de vislumbrar entre la penumbra de la noche el inicio del río, intentando recordar lo que había olvidado en su casa en el Catatumbo. La larga caminata hacia un futuro incierto pero mejor le estaba dejando a María unas dolorosas llagas en los pies que se abrían y ardían un poco más cada vez que daba un paso. Cuando sus ideas conectaron y recordó que en el afán del desplazamiento de su pueblo no había visto caminar a su padre junto a ella, la niña angustiada trató de decirle a su madre que habían olvidado a su padre y suplicó que no siguieran avanzando sin haber vuelto por él. La madre, entre lágrimas y sin saber explicar que el arrebato de la vida de su padre era la razón por la que se vieron obligadas a emprender la dolorosa caminata hacia la ciudad, le contaba a la niña que no iban a poder volver a ver a su padre por un largo periodo de tiempo.

Los pasos que daban solo se hacían más dolorosos, y María solo pensaba en la muñeca que su padre había prometido regalarle días antes de tener que salir corriendo de su

hogar. Es por esto que esperó el momento en que la noche se volviera más opaca y oscura para tomar un bocadillo del bolso de su madre y salir corriendo de vuelta a casa por su padre. La niña corría tan rápido y la noche la ocultaba de tal manera que fue imposible para su madre no perderla entre el espesor del monte. Una vez lejos de su madre, María desaceleró el paso y caminó por la orilla del río Catatumbo, que en algún punto se cruzaba con su hogar. De un momento a otro, entre la zona más espesa del pasto, María sintió cómo su pierna era mordida y tuvo la sensación de que su sangre empezaba a arder. Cuando bajó la mirada, se percató de la serpiente que solo se ensañaba más con su pierna y clavaba cada vez con más fuerza sus colmillos en las carnes de María. Con un palo que se encontraba en la proximidad y un golpe seco en la cabeza de la serpiente, María fue capaz de alejar a su ponzoñosa enemiga. Continuando su camino, la niña empezó a sentir un agobiante calor proveniente de su sangre y un fuerte dolor en el pecho que, combinado con las llagas de sus pies, la hacían sentirse cada vez más adolorida. Para tratar de calmar su dolor, la joven dio un mordisco al bocadillo que llevaba con ella, pero se sorprendió al descubrir que no notaba el dulzor en el cual buscaba reconfortarse. Preocupada por su condición, decidió acostarse en el pasto y dormir la hora que, calculaba, faltaba para el amanecer antes de seguir su paso y buscar ayuda. Al pasar la media hora, y tras no poder pegar el ojo, María ya no sentía dolor en las llagas de sus pies. Es más,

nunca los había notado tan ligeros. El dolor de su pecho se iba haciendo cada vez más imperceptible, e incluso el calor agobiante que sentía se iba convirtiendo en un frío extrañamente tranquilo y apacible. El río Catatumbo se empezó a ver colorido y las aves bailaban en el cielo alrededor de la joven. María dejó de preocuparse por buscar ayuda y empezó a pensar en cómo sería la muñeca que le pediría a su padre: "De ojos azules y traje rosa", pensaba mientras extendía su mano al cielo tratando de imaginar cómo se sentiría tocarla. Ya no sentía ningún tipo de dolor, solo su aliento que se sentía refrescante y helado. "De ojos verdes con abrigo morado", susurraba cuando dejó de respirar.

# Alejandro Pedraza Caro

5 de septiembre de 2000

Estudiante de gastronomía. Espera ejercer esta profesión al tiempo que escribe cuentos. Su amor por la escritura empezó gracias a sus docentes y familiares Julian Arly Pedraza, Nubia Mercedes Caro y Miryam Yaned Caro, quienes le compartieron la poesía de Alfonsina Storni y Sor Juana Inés de la Cruz.

# Hoy no

**ZHARICK DANIELA MONSALVE GUERRERO**
*Cúcuta, Norte de Santander*

Hay días que desde su inicio te dicen que las cosas estarán mal, como si el aire te hablara con suaves voces al oído advirtiéndote que viene algo terrible. Te levantas muy temprano como de costumbre, pero te sientes enfermo, agotado. El café en la mañana tiene un sabor distinto. Hay una angustia que no te deja cultivar tranquilo tu papita. Algo pasa, pero decides ignorarlo y seguir porque la tierra necesita ser regada, los animales necesitan ser alimentados, a la leche hay que darle vueltas y vueltas para que quede la cuajada: porque es que la vida del campo no es fácil, pero es hermosa y llena de naturaleza y animales. Es tranquila, pero hoy no.

A eso de las ocho de la noche llegaron, tumbaron la cerca, luego la puerta y entraron. No sabíamos quiénes eran, pero sabíamos a qué venían y qué querían. Mi mujer lloraba y aun asustada protegía a nuestro hijo que tenía cinco años; nuestro primer hijo. La segunda venía en camino. Yo me armé de valor y cogí un hacha, pero ellos tenían armas.

Poco podía hacer contra tanto. Nos exigieron que nos fuéramos inmediatamente, que esta tierra les pertenecía,

y que si no lo hacíamos, nos mataban. Yo siempre fui un hombre valiente y me les enfrenté, pero ellos tomaron a mi hijo, golpearon a mi mujer y con sus golpes ella no aguantó. A mí me golpearon más, pero no me mataron. Gritaban aún más duro que me fuera. Me apuntaban con un fusil. Todavía recuerdo sus ojos. Nunca voy a olvidar esos ojos que venían sin alma. Me obligaron a irme, dejando a mi esposa tirada en el suelo y viendo a mi hijo llorar mientras ellos lo detenían. No recuerdo cuántos eran, pero cada vez veía más y más. Fueron unos cinco, quizá diez o quince hombres. Casi no podía caminar porque me temblaban las piernas, pero, seguido por las miradas de estos hombres, salí de mi finca, crucé el monte y seguí caminando.

Estaba pasmado, no sentía mi cuerpo, llevaba varios días caminando y no me había dado cuenta de que tenía llagas en mis pies porque solo pude ponerme unas cotizas y ya estaban muy acabadas. Veía los amaneceres y recordaba lo que había pasado, y me derrumbaba en lágrimas. Me tiraba al piso desconsolado, solo, cansado y sucio.

La última noche que caminé sin rumbo, en medio de la amplitud del desierto por donde iba, me topé con un hombre mucho más alto que yo, totalmente vestido de negro y que caminaba con un bastón, muy elegante él. Se me hizo muy extraño que estuviera en ese lugar, a esa hora y con ese atuendo, pero, como en el campo uno está acostumbrado a ver cosas extrañas a veces sin explicación, y después del

aberrante e inhumano suceso que había tenido que vivir, nada me sorprendía ni me asustaba.

Al tenerlo más cerca, este me saludó. Me sonrió. Yo también le sonreí. Se me hizo que era una persona amable. Le pregunté si tenía algo de agua que pudiera darme. Él, con urgencia, sacó una botella finísima de vidrio con agua. Me la dio. Yo bebí toda la botella sin pensarlo y me excusé porque no le dejé nada. Este, con una expresión cálida, me dijo que no me preocupara.

Como yo ya no tenía ley ni suerte, decidí caminar a su lado. Realmente, este hombre me inspiraba bastante tranquilidad. Él también parecía que se sentía cómodo conmigo. Mientras caminaba, me preguntó:

–¿Señor Leónidas, usted ya conoce el mar?

Recordando lo que me pasaba y mi situación, le dije con algo de tristeza en la cara que no. Seguimos caminando y, como si fuera un sueño, a lo lejos inexplicablemente empecé a ver arena, cangrejos y la inmensidad del mar. Las olas chocaban con la orilla y su sonido era calma para mi alma triste y derrotada.

–Pero, ¿cómo es posible? Veníamos por este suelo tan desértico y ahora veo el mar.

El hombre se rio como si mi expresión le causara diversión, y con esto recordé que nunca le pregunté quién era o cómo se llamaba. Le dije:

–Ahora que lo pienso, no le he preguntado cómo se llama usted, amable caballero.

–Soy la muerte, Leónidas –sin rodeos me respondió, y como si fuera un alivio para mi ser, llorando lo abracé, y este a mí.

Le dije que todas estas noches estuve esperándolo, que anhelaba verlo después de lo que había pasado. Lo que más había deseado desde aquella noche era morir. Él, con ojos de amor, me miró y me dijo que me sentara en la orilla del mar mientras él levantaba una pequeña fogata. Le dije:

–Siempre había querido estar así, sentado frente al mar junto a una fogata.

–Lo sé, Leónidas.

Decidí meterme al mar. Sentía el agua riquísima sobre mi cuerpo. Me quité toda la ropa, me reí, le salpiqué agua. Le dije a la muerte que se metiera, pero no quiso. Solo me miraba desde la orilla y sonreía. Cuando salí, me acosté en la arena. Hubo un momento de silencio.

–¿Por qué tuve que perder a mi familia y a mi tierra de esa manera? Los extraño –dije mientras me salían unas lágrimas.

Su rostro también se entristeció y, como consuelo, me dijo:

–Las personas desde su inicio han peleado por la tierra. Esa ha sido su maldición: matarse por conseguir el terreno de otros. Y han decidido perderse de lo único importante: el universo que llevamos dentro. La guerra se apoderó de nuestros corazones, y esto nunca terminará bien. Pero tranquilo, Leónidas, he venido para salvarte de este mundo

de despiadados. Te llevaré a un lugar donde vas a cultivar de nuevo la papita que tanto cuidabas y volverás a ver a tu familia. Eres un hombre bueno y has llegado tan lejos como profundo. ¿Estás listo para irnos?

Suspiré:

–Sí.

# Zharick Daniela Monsalve Guerrero

28 de marzo de 2007

La escritura ha sido un verdadero reto para ella porque es disléxica, pero esto mismo la ha llevado a aprender una nueva forma de comunicarse con sus amigos y familiares contando historias. Le gusta el voleibol, las películas de terror y los documentales. Desea aprender japonés y viajar por el mundo.

# Juan y las palabras

**JUAN SALVADOR VARGAS DÍAZ**
*Cartagena de Indias, Bolívar*

Ese lunes, muy temprano en clase de español, Juan no pudo contener el deseo de hacer la pregunta que andaba rondando en su cabeza desde hacía un buen tiempo.

Por eso, tomó aliento y con voz clara preguntó:

–¡Profesora! ¿Quién inventó las palabras?

Al principio, pensó que nadie le había escuchado porque no hubo una respuesta inmediata de parte de su maestra; y en el fondo del salón solo se escuchó la risa de algunos de sus compañeros que no comprendieron la pregunta. Juan se sintió un poco incómodo y continuó diciendo, con tono más fuerte, como si estuviera haciendo un reclamo:

–¿Por qué la gente no puede ver el mundo que existe detrás de las palabras?

–¿A qué te refieres exactamente, Juan? –preguntó su profesora.

–Me refiero a que las palabras no son solo cosas que nombramos. Las palabras realmente son señales que nos indican algo más profundo. Por ejemplo, la palabra "manzana" no es solo una manzana –le dijo a su profesora mirándola directamente a sus ojos–. La palabra "manzana" tiene muchas cosas escondidas, como el sabor, el olor, el color y la forma de la

fruta; y hay palabras como el miedo, el amor y la vida, que ocultan misterios increíbles. ¿Se da cuenta? Siempre hay algo detrás de las palabras que resulta ser más importante que las mismas palabras.

–Muy bien, Juan. ¿De dónde sacaste todo ese cuento de las palabras?

–No lo sé. Solo es algo que se me ocurrió y por eso me gustaría que me explique quién les puso el nombre a las cosas y cómo nacieron las palabras.

–Qué interesante –respondió la profesora–. Como al parecer nadie aquí tiene una respuesta a tu pregunta, te propongo que hagas una investigación acerca de cómo nacieron las palabras y me la presentas en la próxima clase. ¿Estamos, Juan?

Juan quedó con la boca abierta y literalmente sin palabras. Una vez más enfrentaba un dilema que no podía pasar por alto. Sin pensarlo dos veces comenzó a preguntarle a todo el mundo qué pensaba sobre el asunto de las palabras, pues imaginaba que tal vez así podría sacar una conclusión que le ayudase a completar su tarea. Pero, ¡vaya sorpresa! Al parecer nadie tenía una respuesta.

Cuando Juan le preguntó a su papá quién inventó las palabras, él trató de responderle rápidamente, pero de repente no le salieron las palabras y se quedó mudo pensando. Su mamá, en cambio, lo atendió con mil palabras llenas de dulzura y, sin darle una respuesta, intentó persuadirlo para que no se preocupara tanto por esas cosas:

–Tú tienes clase mañana y debes madrugar, mejor te vas organizando de una vez, que ya van a ser las nueve –decía.

Doris, la mujer que ayudaba con el aseo de la casa, fue más directa, porque sin pensarlo dos veces le contestó con tono serio:

–¡A ver, Juan! ¿De verdad no tienes nada más importante que hacer que andar revolviéndole la cabeza a todo el mundo? ¿Cuál es el placer de andar buscándole problemas a la vida? ¿A quién se le ocurren estas preguntas?

Juan se alejó con cuidado, dejando en el fondo la voz de Doris, que retumbaba como un cañón repitiendo con eco sus disparos por toda la casa. Sus amigos no entendieron la pregunta y don Luis, el celador del edificio, ni siquiera se tomó la molestia de contestarle.

Juan estaba más confundido que nunca y sintió que no le quedaba más remedio que usar su increíble imaginación para resolver el asunto. Por eso cerró los ojos tratando de imaginar cómo sería un mundo sin palabras. Desde ese instante hizo silencio, un silencio que fue cada vez más y más profundo. Nunca pudo recordar cuánto tiempo transcurrió en su viaje al mundo sin palabras porque en el mundo sin palabras el tiempo no existe. Tampoco existen las opiniones que dividen nuestra vida entre el bien y el mal, lo bello o lo feo. En el mundo sin palabras solo existen las cosas sin nombres y sin ser nombradas. Juan se sumergió profundamente en el silencio que hay detrás de las palabras y así, poco a poco, pudo percibir la paz sin nombre, la paz de la vida misma. También

pudo percibir que todo lo que existe tiene un propósito y que todas las cosas estaban unidas a él, y que él mismo estaba unido a todas las cosas.

En ese momento sintió la fuerte necesidad de permanecer en silencio el mayor tiempo posible, sin nombrar nada ni a nadie. Solo estaba interesado en observar cómo todas las cosas que existían en el mundo eran maravillosas.

Cuando terminó su silenciosa experiencia, Juan tomó el lápiz y escribió en su cuaderno:

> "¡La vida es una sola cosa sin nombre! Las palabras son señales que los seres humanos inventamos para dividir al mundo nombrándolo. Las palabras en sí mismas no son tan importantes, lo importante se encuentra en el silencio que existe detrás de las palabras. El silencio nos abre la puerta a un mundo maravilloso, sin nombres ni opiniones, que existe aquí, en medio de nosotros, pero que no podemos percibir porque tenemos demasiadas palabras dando vueltas en nuestra cabeza. Ese mundo es un mundo de paz, un mundo de unión y de amor, donde nadie es mejor ni peor".

Cuando terminó de leer, sus compañeros permanecieron un buen rato en silencio. Juan nunca estuvo seguro de si ese silencio era fruto de las conclusiones de su trabajo. En realidad, la respuesta lo tenía sin cuidado porque desde ese día empezó a disfrutar mucho más del silencio sin preguntas que surgió desde su corazón hacia el mundo, permitiéndole ser uno solo con la vida.

# Juan Salvador Vargas Díaz

15 de julio de 2003

Pianista y estudiante de jurisprudencia de la Universidad del Rosario, en Bogotá. Forma parte de la Fundación Música por Colombia y de la Sociedad Internacional para la Creación de Valor en Colombia, SGI. Actualmente escribe artículos de opinión para el diario *El Universal*. Sus principales influencias artísticas son su padre, Edgar Vargas, quien es, en sus palabras, "la pluma detrás de cada palabra", y su madre, Jimena Díaz, editora de su imprenta familiar. A ambos les dedica este premio.

# Aurora

**ÁNDERSON VALENCIA GALLEGO**
*Armenia, Quindío*

Abrumado por la angustia y la soledad de aquella noche lluviosa, Dante se encontraba recostado en su sillón. Su rostro, apenas iluminado por la tenue luz de las velas, reflejaba el inmenso pesar y la terrible tristeza que lo agobiaban. Era natural, la pérdida de su esposa lo había afectado de manera inimaginable; la amaba mucho. Los recuerdos de los momentos vividos a su lado llegaban a él como flechas hirientes lanzadas desde la oscuridad de la habitación. El sonido de la lluvia que se deslizaba serenamente por los verdes vidrios de la ventana hizo que la fatiga se apoderara de él y, sin darse cuenta, cayó en un profundo sueño. Tal vez, de manera inconsciente buscaba la forma de olvidarse de ella. Sin embargo, fue inútil, pues allí entre sus sueños la encontró, igual de bella y serena, como la tarde en que la había conocido.

El día había sido muy pesado: el funeral de su esposa había sido planeado con mucho detalle y había venido gente de todas partes; familiares que no conocía y viejos amigos que no veía desde hacía mucho tiempo. Toda la tarde la pasó sentado en medio del salón principal, recibiendo los

interminables pésames de las personas que iban y venían de un lado para el otro. Se encontraba tan inmerso en sus memorias que ni siquiera levantaba la mirada para reconocer a sus deudos. No pudo evitar derrumbarse ante la tumba aún fresca. Las lágrimas se deslizaban por sus pálidas mejillas sin que él las pudiera contener. Uno de sus amigos más cercanos intentó en vano consolarle, pero Dante no se resignaba a perderla.

Despertó sobresaltado, el llamado insistente tras la puerta le indicaba la hora del desayuno. Buscó razones inexistentes para levantarse, y las halló: debía ir esa tarde a la fábrica. Entre los temas a tratar se encontraba el giro que tomaría su empresa, la cual se encontraba en bancarrota desde hacía ya varios meses; su producción había disminuido al igual que sus ingresos, y los empleados habían suspendido sus actividades hasta que se les pagara el trabajo realizado. Todos estos problemas, sumados al luto que atravesaba, no le permitían a Dante tener un instante de paz. Por el contrario, lo atormentaba la idea de perderlo todo.

Una vez en la fábrica, inició la junta quince minutos después de lo previsto. Sin percatarse, Dante se perdió en el inmenso mar de sus pensamientos, y al recordar la imagen de Aurora, rompió en llanto. Se excusó con los presentes, diciéndoles que el alcohol destilado en los grandes recipientes de madera le había producido una terrible alergia. Tuvo que ir al baño a tomar un poco de agua y a limpiarse no solo las lágrimas sino también la tristeza. Retomaron la

reunión, y aunque Dante se veía preocupado, conservaba la esperanza de que los miembros de la compañía le brindaran una solución para salvar la empresa. Pero sus ilusiones se desvanecieron cuando estos le manifestaron que la fábrica no tenía salida; Dante no contaba con el dinero suficiente para mantenerla y era necesario venderla. Abandonó la sala furioso, llegó a su casa, se encerró en su habitación y lloró amargamente hasta que se quedó dormido.

En sus sueños volvió a encontrarse con Aurora. Esta vez la notó algo triste: tenía la mirada perdida y la rodeaba un aura de angustia. La llamó, pero ella no respondió; daba la impresión de que no percibía su presencia. Le dio la espalda y comenzó a caminar hacia un valle de intensa blancura e indeterminable distancia. Él trató de seguirla, pero una fuerza invisible se lo impidió. Por más que le gritó, ella no se dio la vuelta. Su desesperación crecía y sentía cómo se iba quedando sin aliento. Finalmente despertó gritando y jadeando. Su rostro estaba bañado en sudor, y su corazón, a punto de salirse.

Durante el desayuno, Dante revisó su correspondencia. Encontró lo habitual: facturas, cheques y cartas de los familiares que no habían podido asistir al velorio. Se organizó y fue a la fábrica. Allí lo esperaba el comprador y sus socios. Luego de charlar un rato sobre negocios, finalmente había llegado el momento de hacer el trámite. Mientras firmaba el documento, Dante recordó los días en que la fábrica de su padre se había convertido en la mayor productora de

licores de la región. Sentía una gran tristeza al ver cómo aquella fábrica que había sido tan próspera era cambiada ahora por unos simples dólares.

Toda esa tarde la pasó en su estudio meditando sobre todo lo que había sucedido. Dante no se explicaba cómo él, que lo había tenido todo, había terminado sin nada. Cambió mucho después de ese día: presentaba constantes ataques nerviosos y de ansiedad, no podía conciliar el sueño en las noches, y cuando lo hacía, soñaba con Aurora. Con el tiempo, todo empeoró. Comenzó a tener alucinaciones: juraba ver a su esposa en todas partes, conversaba con su retrato y fingía tomarla en sus brazos.

Una tarde, mientras se encontraba al lado de la chimenea, despertó de su locura; notó la ausencia y la soledad en la que se encontraba, y lo invadió la amargura. Quiso desahogarse, pero un nudo en la garganta no se lo permitió. Tomó una soga y la ató a su cuello. Sintió deseos de desistir de aquel pensamiento, pero ya era tarde, todo estaba hecho. Se paró al borde del taburete y pensó en su esposa. Mientras lo hacía, apretaba los dientes del dolor y de la rabia que sentía: quería por fin reunirse con su amada. Finalmente, el banco se cayó y la cuerda se templó con violencia.

En la oscuridad infinita, Dante escuchó su nombre, lentamente abrió los ojos y se encontró atado con fuerza a una camilla en la fría sala de un hospital. No comprendía nada. Una mujer joven se encontraba de pie a su lado. De repente, un doctor bajo y regordete se acercó y le preguntó:

–¿Usted es familiar del paciente?
Entre sollozos, ella le respondió:
–Yo soy su esposa.

# Ánderson Valencia Gallego

20 de octubre de 2004

Estudiante de comunicación social de la Universidad del Quindío. Sus géneros literarios favoritos son la novela y la poesía. Agradece de manera especial a Melba Vélez, Margarita Sánchez y Sandra Milena Reyes por haber influido en su deseo de ser escritor.

CUENTO

# Categoría adultos

# Soy una esquina

**ÁNGELA**
**CIFUENTES AVELLANEDA**
*Bogotá D.C.*

Soy una esquina mugrienta y desolada. No siempre fui una esquina, o bueno, siempre lo he sido, pero no siempre fui la esquina que soy hoy. Antes era la esquina de una casa y no era solo exterior, sino también interior.

Mi parte de afuera servía de agarre para una enredadera que permanecía florecida todo el año. Decía llamarse Ojos de poeta, aunque nunca fue capaz de declamar un solo poema completo o hacerme ver a través de sus ojos alguna metáfora. Debo confesarles que cuando Ojos de poeta llegó a mis muros, quise matarla desprendiendo mi pintura y dejando que creciera directamente sobre mi cal. Y no es que yo sea una de esas esquinas asesinas que dejan caer sus paredes sobre alguien sin avisar, ¡no! Lo que ocurre es que cada vez que uno de los tallos de Ojos de poeta crecía aferrándose en mí, me hacía sentir unas cosquillas insoportables. Con el tiempo terminé por resignarme a tener encima a Ojos de poeta porque, además, la gente comentaba sobre la hermosa esquina que yo era, y en mi vanidad no quería ser una esquina pelada como la de al lado o como la del frente.

Solo una vez me disgusté de verdad con Ojos de poeta. Fue cuando casi me derriba por una humedad que la muy trepadora me estaba ocultando; fue la vecina la que vio cómo me estaba agrietando y le dijo a mi dueña que me reparara. Al principio, estuve a punto de desprender a Ojos de poeta para siempre, pero lo que me contuvo fue enterarme de que un musgo verde había aparecido silencioso entre ella y yo, y que en su afán y voluntad de vivir nos había deteriorado a los dos. Cuando mi dueña me reparó, curó a la enredadera y desapareció el musgo. Ojos de poeta mencionó que era falso que la vida necesariamente trajera otra vida, y que, en realidad, la muerte también lo hace a veces. Su nostalgia, para mí inexplicable, se mantuvo por varios meses.

En esa misma época, mi adentro estaba bajo un techo cómplice que me resguardaba mientras yo lo sostenía. Entre los dos éramos morada. Y es que, aunque ustedes no lo crean porque hoy en día ya no lo parezco, serví para cuidar y dar calor. También serví para colgar cuadros y para que la señora que me levantó marcara cada tanto, en una de mis paredes, unas rayitas con las que seguía el crecimiento de sus debiluchos hijos. El par de niñitos me manchaban con sus manos sucias y pegajosas, y uno de esos, según la señora, era un prospecto de pintor que me usaba de lienzo llenando mis dos paredes con mamarrachos inmundos. Alguna vez pensé en botar encima del tal artista uno de los cuadros que se sostenía en mí, pero la señora se dio cuenta de que

lo estaba aflojando y lo aseguró con unas incrustaciones metálicas de las que nunca me pude sanar.

Hoy ya no soy esa esquina. A la casa la desocuparon supuestamente porque iban a derribarla para ser atravesada por una avenida, pero ya ha pasado mucho tiempo y por acá no cruzó nada.

En la época del vacío, permaneció la noche en mi interior. Un día llegó una persona, luego otra y otra, pero ninguna pensó jamás en encender la luz. A pesar de la oscuridad, lo único que supe con certeza es que mis ocupantes poco a poco se fueron llevando las puertas, luego levantaron el piso y con el tiempo empezaron a abrir las paredes y el techo para extraer unos cables que ni yo sabía que tenía por dentro. Una noche, sin embargo, vi la luz que había deseado tanto en mi interior: sentí un calor reconfortante y luego otro tan intenso que les recordó a mis ladrillos su creación. Lo vi arder todo y vi cómo algunas paredes cayeron junto con mi cómplice, el techo. En un fragmento de tiempo irreconocible, personas y fuego despojaron mi interior. Yo soy de lo poco que quedó de la casa, junto con un par de paredes con las que aposté por quién sería el último en venirse abajo.

Soy una de las esquinas olvidadas de las casas demolidas. La capa verde y húmeda apareció nuevamente sobre mí. Soy una esquina negruzca, humedecida; cobijo y orinadero de los solitarios.

Hoy pensé en la esquina que fui hace un tiempo porque dos niños raquíticos se refugiaron en mí. Si ustedes los

pudieran ver bien, se darían cuenta de que se parecen a los hijos de la señora que habitaba esta esquina, cuando fue parte de una casa. Son dos niños hediondos que gritando y lanzando risotadas están recostados contra mí, como alguna vez lo hicieron esos otros dos chiquillos sucios. Esta vez, los pequeños están comiendo a hurtadillas de la fruta que al parecer robaron de la otra esquina, la que está al frente, pintada con colores brillantes y siempre atestada de gente; la que se cree la mejor esquina del sector porque es la esquina del puesto de frutas. Tuve el pensamiento de dejar caer algunos de mis ladrillos sobre estos niños que removieron algo en mí y me hicieron sentir esas cosquillas insoportables que una vez Ojos de poeta me hizo sentir, pero también recordé sus palabras y silencios sobre la muerte. Como se podrán imaginar, esos niños y yo tenemos mucho en común, y al no recibir visitas frecuentes que me traigan buenos recuerdos o que me den el valor que tengo, hoy puse mi mejor semblante para ser la esquina de los abandonados.

# Ángela Cifuentes Avellaneda

13 de junio de 1988

Es filósofa y socióloga. Actualmente, se desempeña como docente e investigadora. Desde su niñez, la literatura ha ocupado un lugar importante en su vida. La pasión por el universo literario la ha llevado a explorar diversas formas de escritura y a profundizar en los contextos de exclusión social y del olvido.

# ¿De qué color es el lobo, Caperucita?

**HERNANDO ESCOBAR VERA**
*Bogotá D.C.*

*La puerta de Erika no tiene cerrojo*
*y una niña no tiene secretos.*
Elfriede Jelinek

Abuela es de la generación que parió muchos hijos sin jamás haber visto desnudo a un hombre. Mamá la hizo abuela cuando mi tío Robin apenas aprendía a limpiarse el culo. Pero este relato no es acerca de Robin. Ni de mamá. Basta decir que mamá sí ha visto a varios hombres desnudos, sigue tan guapa como siempre y, a pesar de la censura constante de abuela, ha seguido viviendo cuantitativamente su sexualidad. Y sigo yo, la mayor de los nietos, criada por abuela ante la imposibilidad de serlo por mamá, en ese entonces adolescente. Abuela no ha dejado de ser madre a sus 60 años, ya no de sus hijos, sino de sus otros nietos y de sus bisnietos.

Viví con mamá hasta hace pocas semanas, cuando se mudó a nuestra casa con un nuevo novio, que no está para hacer de padre, y yo tampoco estoy para hacer de hija. Mis finanzas no me permitirían vivir sola, y lo que tengo con Omar no resistiría la convivencia ni las incertidumbres. Esta siempre será su casa, Érica, dijo abuela, y aquí estoy: encerrada en mi cuarto de la adolescencia, temblando

mientras te escribo. Aunque no sé con quién tendría la confianza para permitirle que lea esto.

Podría ser su hija, a mis 28, y lo soy, de cierto modo. La llamé "mami" hasta los 13. Hasta el incidente. Dormía con abuela cuando mamá me reñía, cuando no se quedaba en casa, cuando llegaba drogada, cuando había truenos, cuando el único televisor de la casa lo instalaron en su cuarto. Dormía con abuela, pero sin abrazos ni nombres apocopados o endulzados. Tolerarme a su lado era más afecto del que habían recibido la mayoría de mis tíos.

Abuela solía bañarme casi como se lava la ropa, azotándola contra el lavadero. Me jalaba, me empujaba, me viraba. El agua fría y el estropajo fueron lo más cercano a una caricia suya. Mire cómo tiene esas greñas, parecen un nido; se le puede sembrar papa en el tierrero que tiene en la nuca; esas rodillas de gamín, no de señorita; mire esas uñas mugrientas. Y a cada epíteto, un perolado de agua arrojada con furia. Abuela odiaba el cuerpo; abuela odiaba la desnudez; solamente había suciedad en un cuerpo desnudo.

Hubo algún momento en que empecé a sentir pudor y le dije a mamá que ya era hora de que me permitieran bañarme sola, que por favor se lo dijera a mami. Solo entonces, a los 11 años, empecé a ver mi cuerpo como más que un perchero donde colgar la ropa, como más que el empaque de mí misma. Empecé a disfrutar del baño, a convertir el aseo en afecto y caricia. Un buen día, a los 13, mientras me bañaba escuché que alguien giraba el picaporte. Se detuvo. Más

que alivio, prisa es lo que te embarga cuando alguien más reclama el único baño de la casa. Pero no había desistido: segundos después, el sonido de llaves. Un intento fallido, otro intento, otro y otro, y el clic. La puerta se abre y aparece abuela: balde en mano, estropajo en el sobaco. Como si no hubieran pasado dos años, me doblegué. Me empuja, me estruja, me vira, me tironea. Es como si estuviera ocurriendo mientras lo escribo. Tiemblo. Pero sí habían pasado esos dos años y el cuerpo que bañaba abuela ya escapaba de sus dominios. El estropajo no podía socavar las curvas, el agua helada caía como si no se atreviera a tocar el vello naciente. La abuela lo notó, salió del baño y nunca volvió a ser "mami": desde entonces ha sido "abuela". Salió del baño y nunca volvió a entrar mientras yo me bañaba.

Hasta hoy. Por eso tiemblo.

Ahora hay agua caliente en casa. Solo abuela, Robin y yo competimos por el baño, y esto fue a media mañana: él ya se había ido a trabajar. El picaporte vibra sin girar. Una mano sigilosa introduce la llave y vence la resistencia de las guardas. El picaporte ahoga su graznido, cede y el vapor del baño se escapa por el escaso espacio entre puerta y marco. En el espejo, entre el vaho, se proyecta el ojo atento de abuela. ¿Quién sino ella a esa hora? La puerta tarda en cerrarse más de lo que habría tardado si la hubieran abierto por error. No sé qué pensar. Abuela me bañaba como seguramente la bañaron a ella. Abuela hablaba de mi cuerpo como seguramente hablaron del suyo. Y ahora abuela mira

mi desnudez como quizás la suya nunca ha sido contemplada. Sigo temblando. Es el miedo y es el deseo. Escribo y subrayo: esta noche, con o sin truenos, voy a pedirle a abuela que me deje dormir con ella.

# Hernando Escobar Vera

15 de septiembre de 1973

Docente universitario. Actualmente adelanta una investigación doctoral sobre estéticas de la memoria. Desde niño ha tenido una relación estrecha con la lectura y la escritura, lo cual se ha afianzado en su recorrido académico en el periodismo y la literatura.

# ¿Por qué no vendo la finca?

**ANGÉLICA AGUILLÓN LOMBANA**
*Armero, Tolima*

De pequeño no entendía por qué mis padres eran más viejos que los papás de los otros niños de la vereda, ni por qué todo el mundo tenía tíos y primos y yo a nadie más. A los ocho años tampoco comprendía la razón por la que ellos parecían estar huecos por dentro, como si fueran un abismo del que muy pocas palabras lograban salir arrastrándose hasta la boca-toma mueca y reseca de sus bocas. Era como si se hubieran tragado todo el silencio del mundo: no reían ni cantaban. A mí solo llegaban las caricias ásperas de sus manos callosas y pesadas, y de vez en cuando, uno que otro consejo para que fuera juicioso en la escuela, para que le pidiera ayuda a la maestra cuando no entendiera algo porque ellos no sabían leer.

Recuerdo que, desde que comencé a recordar, mi mundo siempre fue poquito y opaco como las canicas con las que jugaba en los huequitos del barranco que había por detrás de la cocina. En ese universo de matorrales chirosos que siempre ha sido esta finca, mis padres se fueron haciendo pequeños y lentos. Con cada paso era como si se fueran

hundiendo entre esta tierra reseca y colorada en la que intentaban hacer crecer los arbustos de café poniendo cada vez más capas de gallinaza. Mientras tanto, yo crecía rápido y vigoroso como un árbol de guamo. El mundo se me agrandaba un poco los domingos, cuando íbamos al pueblo a vender el líchigo y a comprar la comida de la semana.

De bajada íbamos caminando, pero de subida, cuando la cuesta se ponía pesada y el sol quemaba como una ollada de agua hirviendo a la espalda, mi papá me ponía en ancas y yo subía a caballo mientras mi viejito arrastraba la vida entre los pies cansados y halaba el burro con sus brazos enclenques y tostados por el sol. Bueno, a veces también llovía, tan fuerte como si arriba, en vez del cielo, estuviera el mar. Pero hiciera el clima que hiciera, de subida, camino a la finca, siempre parábamos en Playa Funesta. Yo la llamaba así porque alguna vez le pregunté a mi papá por qué se había acabado la vida ahí, y él me respondió: "Porque la naturaleza es funesta". Yo no sabía bien lo que significaba esa palabra, pero comprendía que no era nada bueno. Playa Funesta era una llanura inmensa, llena de una arena menudita y gris. El cielo que la tapaba era completamente azul y la hacía ver más nítida y suave, como si uno caminara por entre millones de granitos de azúcar sin refinar. Lo feo era que sobre la arenilla grisácea había muchos huesos de distintas formas y tamaños, como si por ahí hubiera pasado un ciclón tragándose todo lo vivo y escupiendo los huesos.

Lo cierto es que siempre que íbamos de regreso yo agarraba el bozal del burro y mi papá recogía un puñadito de ese lodo granulado y lo guardaba en una bolsita de plástico. También recogía uno que otro hueso y los envolvía en un pañuelo de tela blanca que solo usaba para eso. A veces también recogía cosas que íbamos encontrando a medida que atravesábamos la llanura: una tuerca, una cuchara, la bisagra de una puerta, un tornillo, una caja de dientes, un lapicero, un reloj, alguna fotografía en la que no se habían desleído todas las personas... Metía los ataditos con las cosas en una mochila de malla y la colgaba en la enjalma del burro, ahí al ladito de nuestro mercado.

Cuando llegábamos a la casa, esos restos eran lo primero que mi mamá le recibía, y antes de servirnos guarapo o desempacar el mercado, ella corría a la enramada y ponía cada cosa en su puesto: los bulticos de arena apilados en el suelo y los huesos sobre la cama de piedra que se iluminaba con veladoras dos veces por semana; la primera, el lunes de ánimas benditas, y la otra, el viernes de resurrección, cuando de rodillas rezábamos el rosario e invocábamos al Espíritu Santo para que "el tiempo recoja sus pasos y la vida nunca deje de fluir". Yo siempre repetía la frase, pero nunca supe lo que quería decir.

Recoger la arena y los huesos se fue haciendo tan difícil como el hecho mismo de vivir. Playa Funesta se fue llenando de grama y matorrales, y mis padres, de achaques y desesperanza. El tiempo, como un comején implacable, se les

fue metiendo por dentro y ellos se fueron desmigajando como un tronco sin raíces. A veces durábamos hasta un mes sin bajar al pueblo. Los vecinos de la finca del lado llevaban el líchigo y traían algo de carne y las cosas más urgentes como jabón y sal. Así fue que el pueblo de huesos y arena que estaban construyendo mis padres aquí dejó de crecer. Sin embargo, siempre es grande, desarrollado por la fe y el tesón de más de tres años.

Por eso es que esta enramada que ustedes ven aquí, antiguamente destinada para las paseras y los bultos de café, es un pedacito del pueblo muerto, construido con lo que mis abuelos alcanzaron a recoger mientras tuvieron fuerzas. No pudo seguir creciendo, pero yo lo sigo cuidando a ver si entre tanta cosa aparece el recuerdo, ese que se me refundió entre el campamento de supervivientes donde me encontraron mis abuelos. También lo cuido porque uno de esos huesos puede ser un pedazo de mis padres, de mis hermanos o de algún vecino con el que tal vez jugué en el Parque Infantil; yo creo que alcancé a jugar ahí porque ya tenía cuatro años. También pienso que uno de esos tornillos y bisagras pudieron ser de la puerta de mi casa, una puerta verde que a veces veo en sueños, pero cuando golpeo nadie la abre. ¿Entienden por qué esta finca no se vende? ¿Cómo voy a vender lo único que me quedó de Armero?

# Angélica Aguillón Lombana

8 de noviembre de 1974

Es docente de lenguas extranjeras de la Universidad Antonio Nariño, sede Bogotá. Aprendió a leer a los dieciséis años y desde entonces la lectura ha sido tan importante en su vida como lo es comer y respirar. En la literatura ha podido hallar consuelo alrededor del drama de ser sobreviviente de la tragedia de Armero y ha sido en la escritura donde ha podido guardar los recuerdos de su origen.

# Agua

**JENNY**
**VALENCIA ALZATE**
*Pereira, Risaralda*

La amenaza de otro castigo físico la aterrorizaba. Hacía una semana que Jen estaba bajo la advertencia paternal de una muenda por acumulación de faltas: había perdido siete materias en el primer periodo escolar, había olvidado lavar un miércoles los platos del almuerzo, había dejado quemar el arroz por jugar a las maquinitas en la tienda de la esquina. Sentada en la mesa del comedor, se esforzaba por resolver las preguntas del taller de ciencias naturales. Iba por la octava: ¿Cómo se mide la velocidad de la corriente de un río según el tiempo y la distancia? Levantó el rostro para tomar un poco de aire, enfocó la cascada lejana, notó que una llovizna leve caía sobre los techos.

A su papá no le gustaban los temporales, y el más mínimo atisbo de aguacero lo hacía mantenerse a distancia de las nubes negras y encerrarse con llave. Los habitantes del barrio, en general, se asustaban ante las lluvias. Al lado del río, su barrio era igual a una maqueta de palos de helado que se derribaría ante la más mínima corriente. Además, una vieja leyenda profetizaba que en aquel territorio algún

día aparecería La Niña de Agua, una extraña criatura de brazos amarillos y ojos de obsidiana que nada entre la creciente para castigar a los mal portados, llevándoselos a las profundidades del río.

La última inundación había sido el día del nacimiento de Jen. Su mamá no se salvó de morir ahogada; el agua había entrado a todas las casas arrastrando con furia los perros, los enseres de los habitantes y a la recién parida. La niña dormía. Milagrosamente el caudal arrastró el moisés hacia la orilla hasta que cayó en manos de los rescatistas. Su papá le advertía que, de no hacer caso, una nueva inundación invadiría la casa y La Niña de Agua aparecería de nuevo, esta vez para llevársela sin que nada ni nadie pudiera salvarla.

Jen no sabía qué era peor, si las palizas que le daba su papá o la posibilidad de ser atrapada por un espanto. Sin embargo, al pensar en el fondo del afluente, o al mirar hacia la montaña, le atraía el agua y el místico sonido de la corriente. El padre la mandó a recoger la ropa del tendedero mientras él cerraba las puertas. Jen dejó el cuaderno en la mesa y se apuró; quería librarse de los azotes del cable de la plancha sobre la espalda que le dejaban siempre unas líneas rojas con visos morados en la carne. Apenas llegó al patio empezó a descolgar las sábanas, los vestidos y las medias; sobre su brazo se fue acumulando un tumulto de prendas.

–¡No se le vaya a olvidar la funda que está colgada arriba de la canal! –le gritó el padre.

Ella miró hacia arriba para buscar el forro de la almohada. Su mirada se topó esta vez con una nube que cubría la punta de la colina, y sobre sus ojos negros brilló el destello plateado que anunció un relámpago. Descolgó la funda con la mano libre, y cuando bajó la mirada, se dio cuenta de que, al mismo tiempo que sus ojos, descendieron unas gotas gordas que le mojaron la nuca.

–¡Tráigame también los zapatos que están en el techo! –dijo el hombre mientras buscaba desesperado un candado para cerrar la ventana.

La niña alzó otra vez la cabeza en dirección a los farallones para alcanzar los tenis que estaban sobre las tejas de zinc. Notó que una centella cayó en la punta del cerro y que el hilo de agua se engordaba sobre su superficie. Las gotas siguieron el curso de su mirada, se convirtieron en riachuelos y se mezclaron con la tierra del patio. Corrió con la ropa en la mano. La sábana blanca, la más nueva, la que su papá usaba para vestir la cama los domingos cuando los visitaba la que sería su nueva madrastra, se le deslizó por la prisa y con el viento cayó sobre el estiércol de las gallinas.

El primer cablazo fue en los tobillos, gritó, y con su llanto lanzó una nueva mirada hacia la ventana que el padre no había podido asegurar porque no encontró el candado. Una sucesión de relámpagos cabalgó entre las nubes que cubrían el pináculo; por tercera vez el agua crecía y tomaba el curso de sus ojos. El hombre le pegó con más ahínco. Cada golpiza era una proximidad de la muerte para ella; recibió el resto

de azotes brincando de un lado a otro, buscando escapar del encarnizamiento. Gritaba, pero el sonido atronador del cielo y del rebote de la lluvia que laceraba la superficie de la tierra se tragaba los gritos. El río estaba cerca, a dos cuadras exactamente. Desde la casa se escuchó su rumor creciente. Después de una andanada de cablazos sin fin, la niña alzó los ojos para suplicarle que no le pegara más, pero él le contestó con una mueca inclemente a la hija que había cometido la falta de no coger bien la cobija con la que arropaba sus domingos pasionales y dejarla caer entre la mierda del gallinero.

Sin esperanza, tirada en el piso, Jen desvió los ojos del rostro paterno y miró por la hendija de la puerta, su mirada reptó por el fango de la calle y enfocó la orilla del río que corría y cantaba una tempestad. El agua siguió el faro de sus ojos, viajó hacia la casa, entró por la hendija y en pocos minutos tumbó la puerta. El hombre soltó el cable y se agarró al barandal de las escaleras. El torrente alcanzó su cintura. Los muebles, las ollas y la ropa flotaron ante sus ojos. La niña, con los ojos ahora traslúcidos por los chorritos de agua que bañaban su mirada de obsidiana, nadó a ras del piso, sacó la cabeza a la superficie, agarró a su padre de los tobillos y se lo llevó a vivir al fondo del río, nadando entre los brazos amarillos de la corriente.

# Jenny Valencia Alzate

10 de abril de 1984

Escritora, docente y aprendiz de rapera. Vive en Cali porque allí el diablo se enrumba en las noches. Baila salsa, toma vino tinto y camina con el viento de frente. Lee novelas cortas y encuentra en la escritura el camino para entender y resistir al mundo y a la realidad.

# Otra tercera noche

**MANUELA**
**PANIAGUA BARRIENTOS**
*Medellín, Antioquia*

Él viene cada tres noches. Nunca está de buen humor, nunca es amable. Su mirada luce desencajada, su rostro no muestra ningún signo de disfrute, hace lo suyo y se queda a dormir. Sus ronquidos y su olor nos abruman. Cuando él se va, nosotras nos tranquilizamos y podemos respirar profundamente. Si él está presente, se nos olvida. Tomamos un baño: una ponchera grande con agua helada. Nos turnamos, tratamos de borrar –inútilmente– cualquier pequeño detalle de él en nosotras.

Él es buen actor. Al momento de conocerlo, en tiempos diferentes, nos mostró otra cara. Nosotras hablamos de ese momento y descubrimos que en el fondo siempre supimos quién era.

Él forzaba su gesto y la sonrisa en su cara se hacía insostenible.

Para nosotras fue suficiente.

Él nos trajo a este lugar: primero a una, luego a la otra.

Tiene una fuerza descomunal y unos dientes afilados.

Nosotras lloramos.

Él nos muerde.

Nosotras gritamos.

Él nos muerde.

Nosotras queremos dormir.

Él lo impide.

Cada tres noches, cuando llega, nos obliga a abrir las piernas, nos muerde los pezones, saca su pene y se turna nuestras vaginas.

A nosotras nos duele desde el primer día, y cada vez se vuelve peor.

Él dice que nos quedemos quietas.

No sabemos de qué habla, nosotras no nos movemos, ya no nos queda un ápice de fuerza.

Queremos cerrar los ojos para imaginar otra cosa, tal vez el pasado, que es cada vez más lejano.

Él pone su dedo índice y pulgar en nuestros ojos, los abre y los escupe.

A nosotras nos salen lágrimas y babas.

Él dice que tenemos que verlo mientras nos penetra.

Nosotras lo vemos sin verlo. Queremos aprender a soñar con los ojos abiertos, que nuestro cuerpo esté para él, pero nuestra mente para nosotras.

No podemos.

El hambre nos aparta de las ensoñaciones.

Él, su figura, nos presiona. A veces se molesta, dice que nuestros huesos le duelen.

A nosotras su masa nos deja sin aire.

Recordamos los sabores y, en ocasiones, al tomar agua forzamos el sabor: Coca-Cola o vino.

Él intenta besarnos. Nos da bofetadas cuando observa nuestra reacción. No podemos ocultar el asco y eso le molesta. Nos da cabezazos en la cara, en la boca.

Preferimos eso a sus besos. No nos liberamos.

Nosotras sangramos y nos chupa. Succiona nuestros labios y los muerde, pasa su lengua por nuestra cara, se detiene en los ojos.

Él los lame y nos arranca las pestañas. A mordiscos.

Nosotras gritamos.

Él se excita.

En las semanas que pasan mientras nos crecen las pestañas, él nos muerde los párpados, los acerca a él con fuerza y los retuerce.

Él se va. Se va y siempre vuelve.

En este momento no está.

Ella dice que ya no me reconoce. Yo tampoco la reconozco a ella.

Ni sus ojos, ni su nariz, ni sus labios están donde los recordaba cuando la conocí; ella dice lo mismo de mí.

Ella me acaricia la cara y dice: labios, nariz, ojos.

Yo pienso que se equivoca. Cuando toca mis ojos, yo no puedo ver.

Ella espera su turno de caricia y le digo: labios, nariz, boca. Dice que me equivoco. Cuando digo boca, a ella ya no le sabe nada.

Me veo en ella y ella en mí. No somos nosotras. Es un falso espejo, pero es un espejo que duele ver.

# Manuela Paniagua Barrientos

5 de noviembre de 1990

Actriz, *performer*, dramaturga y docente licenciada en teatro de la Universidad de Antioquia. Actualmente estudia licenciatura en literatura y lengua castellana en la misma institución. Ama el cine de Lars Von Trier. Desea dedicarse a escribir y dirigir obras de teatro, y también a liderar su propio laboratorio de creación.

# Backup

**ANAMARÍA ROZO MARTÍNEZ**
*Armenia, Quindío*

Falta poco para el apagado definitivo que borrará mis datos y limpiará completamente mi memoria. Dicen que, en estos últimos momentos de carga, toda la información de los datos almacenados pasa por la pantalla intraocular para un último análisis y copia de respaldo. Yo solo intento mantener en mi memoria los datos relacionados contigo y con lo que hiciste; quizás haya alguna actualización disponible en un futuro que me permita comprenderlo o, en caso contrario, resarcirme. Cierro los ojos y empiezo a recuperar la información que necesito:

–¡Quítame los pies! –recuerdo que te pedí al entrar en el apartamento, horas después de conocerte.

Habíamos hablado lo suficiente esa noche en el club para conocer nuestros gustos y reconocer que ambos queríamos lo mismo: deshacernos de todas las piezas ligeras, monturas y engranajes que conformaban mis extremidades; yo, para llegar al grado de libertad nueve, el punto máximo de placer al que podemos aspirar los robots humanoides sin arriesgar la integridad del sistema; tú, para salir de la rutina

y el aburrimiento a los que están condenados desde siempre los humanos.

Obedeciste emocionado. Te deshiciste de mis pies con el mismo afán con que te quitaste los zapatos y los dejaste abandonados al lado de la cama. Seguiste deprisa con la ropa, ahora más fácil de quitar sin los atavíos de las extremidades inferiores. Te permití jugar con mis piernas un rato luego de desprenderlas mientras yo arrancaba con la mano derecha cada uno de los dedos de la izquierda después de haberte transitado. Tú continuaste con el antebrazo, el codo y mis músculos retraídos alrededor de tu cuello.

Cuando solo me restaba una extremidad, me detuve amenazada por la certeza de no poder continuar con el proceso, convencida de tener que permanecer atada al brazo derecho y a su mano, que sabe tantear en el piso de la alcoba cada pieza con la que habré de armarme al llegar el día. Leíste en mi rostro esa preocupación y quisiste borrarla con la sobreestimulación de mis sensores.

–Podría quedarme esta noche –dijiste en un susurro mientras intentabas desatornillar suavemente el hombro–. Alcanzarás no un nueve, sino un diez. Yo mismo te armaré de nuevo mañana.

Un diez. Quizá era la primera vez que alguien como yo pensaba en alcanzarlo. El dato de ese número recorrió todos mis circuitos y pareció apoderarse de mi aparato volitivo, lo cual me hizo asentir levemente, a pesar del riesgo. Terminaste de aflojar el brazo y lo dejaste caer al lado de los

pies y los zapatos. Después, toda duda se ahogó en el placer que da la libertad de tener en el cuerpo solo las piezas necesarias. Me sentí en caída libre, atravesando un agujero de gusano. Fue como si no me quedara nada de vida inorgánica, aunque tuviera todo el sistema rebosante de ella. Incluso, se produjo un corto circuito que dejó las huellas de sus chispas en varios huequitos de la sábana.

Escuché al amanecer, sin abrir los ojos todavía, cómo buscabas cosas en el suelo, seleccionando las tuyas de las mías y empezabas a vestirte. Al actualizar el sistema y verme desarmada, te rogué por el ensamble mientras tratabas de encontrar tarjetas de dinero electrónico en cualquier cajón o recoveco de mi cuarto. Una sonrisa que me diste por respuesta es el último dato visual que tengo de tu rostro, pero es algo que no logro descifrar y empieza a desdibujarse con la imagen de la puerta cerrándose tras de ti y de mis piezas dispersas haciéndote antesala.

He esperado ciento setenta y dos horas a que regreses, pero ahora sé que no atravesarás de nuevo esa puerta. Quizá nadie más note mi ausencia en el club para venir a buscarme. El diez al que me aferro como medalla, las horas de espera y los veinticinco minutos de backup han sido suficientes para gastar toda batería de reserva. Se han apagado los íconos de mi pantalla intraocular y no me es posible procesar ningún dato sensorial. Ya ni siquiera tengo la esperanza de reactivar el sistema o recuperar mi hardware desperdigado por el suelo. Solo me alcanza la energía para

desear que, un día, una conciencia artificial acceda a esta información y haga inteligible ese gesto humano de sonrisa o acaso el portazo con el que tu especie incumple las promesas.

Guardar copia. Apagar.

# Anamaría Rozo Martínez

10 de agosto de 1984

Es filósofa de la Universidad del Quindío y estudia actualmente la maestría en escrituras creativas de la Universidad Nacional. Ha pertenecido a la Red Nacional de Escritura Creativa Relata. Ganó el III Concurso Regional de Cuento Humberto Jaramillo Ángel. Desde el 2012 alterna sus creaciones narrativas con diferentes proyectos fotográficos.

ENSAYO

# Categoría juvenil

ENSAYO
**Categoría juvenil**

143

# La aplastante y contagiosa definición neoliberal de la salud y la enfermedad

**CRISTIAN CAMILO GAVIRIA SABOGAL**
*Bogotá D.C.*

Un día cualquiera, un médico de la Edad Media encuentra a un joven que presenta tos con expectoración de abundante flema, purulenta y sanguinolenta, y una tez rubicunda y caliente. El enfermo le cuenta que los síntomas iniciaron pocas horas después de haber tenido contacto con alguien que agonizaba a causa del mismo padecimiento. ¿Una infección acaso? ¿Algún microorganismo fue identificado? Para nada. En pleno siglo XIV, aún la humanidad no había vislumbrado el diminuto mundo de las bacterias, virus, parásitos u hongos observables solo a través del microscopio, un hito en la historia de la medicina. Aquel médico medieval usa su máscara con pico de pájaro llena de esencias florales, un traje negro y guantes para cubrir todo su cuerpo y evadir miasmas en su recorrido por la ciudad. La enfermedad es entonces para muchos el resultado de una agresión del cuerpo causada por olores pútridos que viajan por el aire y penetran la piel. Para otros, un castigo divino contra el pecado y la herejía, e incluso un complot de los astros en el cielo abierto, pues había quienes definían la salud de la gente basándose en

la distribución de las constelaciones, según cuenta Ole J. Benedictow en su libro *La peste negra*. Pero, ¿somos hoy en día conocedores absolutos de la verdad detrás de la salud y la enfermedad? ¿Por qué, después del cataclismo generado por el avance científico de la medicina, definimos la enfermedad desde la alteración del medio interno de nuestros cuerpos? ¿Dónde quedan las concepciones sociales y la visión del mundo externo en la generación de los problemas que nos aquejan día a día?

La forma de entender el proceso salud-enfermedad ha venido transformándose, y su interpretación social ha adquirido distintos niveles de importancia acorde a cada momento histórico. La concepción neoliberal en particular ha traído una serie de dificultades a la hora de intervenir en las problemáticas sanitarias, dado que tiende a reducirlas a intereses económicos sin darle protagonismo a la determinación social, a pesar de que esta última es necesaria para generar cambios integrales de fondo que reduzcan las inequidades en salud, las cuales son innecesarias, evitables e injustas.

La salud en esencia se plantea como un derecho fundamental de todo ser humano, tal como lo afirma la Organización Mundial de la Salud. Sin embargo, su estrecha relación con el sistema económico neoliberal, predominante en la mayor parte del mundo, modela la forma en que los individuos, las poblaciones y los Estados entienden qué es la salud y la enfermedad. El neoliberalismo centra su atención

en la acumulación del capital y el mayor interés económico. De esta forma, le confiere a la salud un concepto de servicio en lugar de derecho, pues, bajo este modelo, son las personas con capacidad de pago quienes logran acceder a ella.

Según la Ley Estatutaria 1751 de 2015, la salud es un derecho fundamental que el Estado debe garantizar a todos los residentes del territorio colombiano, en condiciones de igualdad y respetando las cosmovisiones que los distintos grupos culturales tienen sobre la enfermedad y sus causas. Sin embargo, el neoliberalismo promueve la privatización de los servicios sanitarios, de modo tal que el Estado abandona su responsabilidad en los mismos y los individuos entran a ser potenciales compradores dentro de un mercado agresivo y dinámico, tal y como lo afirma el historiador peruano Marcos Cueto.

Según la epidemióloga Carol Buck, esta postura reduccionista omite el análisis de los problemas de salud de manera integral y disgrega todos aquellos componentes de la causa estructural de la enfermedad como la pobreza o la falta de educación y oportunidades laborales, lo cual favorece la discriminación y aumenta la vulnerabilidad de las personas que no ocupan una posición económica favorable o hacen parte de las mal llamadas minorías étnicas. Así se entiende el imaginario clásico sobre los profesionales de la salud: hombres y mujeres que portan con orgullo su bata blanca y que han sido educados bajo estándares occidentales centrados en el aspecto biológico de la enfermedad

y en el tratamiento de las afecciones de sus pacientes mediante la búsqueda imperiosa de una causa científica que las explique.

Esto se evidencia en la práctica médica. Por ejemplo, en la pesquisa de una bacteria causante de diarrea y vómito, cuando en realidad la causa de las causas es la falta de agua potable en una región apartada. O cuando se busca el virus que provoca una enfermedad de transmisión sexual, siendo su origen las prácticas de una persona que ejerce el trabajo sexual con recursos económicos limitados. O el caso de aquel profesional de la salud que formula agresivamente medicamentos para inducir el parto de una mujer indígena, ignorando que el problema de fondo es la incomprensión de la cosmovisión de su cultura, en la cual el embarazo y el parto son procesos naturales del ser humano que requieren acompañamiento de la comunidad y de una serie de prácticas ancestrales para recibir esa nueva vida.

Es crucial comprender el proceso salud-enfermedad desde una perspectiva crítica que compagine sus diversas aristas y puntos de vista, en la cual los intereses propios del sistema neoliberal sean replanteados y se logre un adecuado equilibrio entre economía y salud. Una verdadera movilización política y cultural debería apuntar a garantizar el acceso universal al derecho fundamental a la salud por medio de acciones gubernamentales que promuevan estilos de vida saludable y medidas que prevengan la enfermedad respetando el pluralismo médico, y rompiendo

a su vez, como menciona Marco Cueto, con la lógica de mercado. Esto último dejando de lado aquellos lentes que se nos inculcan en pleno siglo xxi, bajo los cuales somos intransigentes frente a las variadas explicaciones del universo y sus fenómenos, cuando en realidad existen tantas realidades como personas hay en el mundo. ¿Nos esperan nuevas verdades que nos hagan cuestionar lo que sabemos hoy en día? ¿Vivimos acaso en una segunda Edad Media en la cual existen más interrogantes que explicaciones?

# Cristian Camilo Gaviria Sabogal

29 de marzo de 2001

Es estudiante de octavo semestre de medicina en la Universidad del Rosario. Entiende su carrera como una profesión de gran sentido humanístico. Aprovecha sus tiempos libres disfrutando de un buen libre, organizando tertulias con amigos, escuchando canciones de antaño y deambulando en bicicleta. La escritura es uno de los instrumentos con los que describe y desdibuja la realidad.

ENSAYO
**Categoría juvenil**

150

# El analfabetismo de la sexualidad

**MARIANA RÍOS TORRES**
*Bogotá D.C.*

Cuando se habla de educación sexual, tanto en contextos académicos como familiares, se puede identificar una situación particular en la cultura occidental, señalada por distintos autores con investigaciones en este ámbito: hablar de sexualidad durante la adolescencia, lejos de ser una realidad para todos, es todavía un tabú. Esta situación ha generado acá en Colombia un gran desconocimiento en lo que concierne a la vida sexual de los individuos; esto lleva a pensar que, si la cultura familiar y académica siguen abordando la sexualidad como un tema moralmente incorrecto, la educación sexual será inefectiva y continuaremos bajo un analfabetismo de la sexualidad.

Para entrar en materia, es importante conocer una definición de la educación sexual, para lo cual se tomará como referencia a Fernando Barragán Medero, quien afirma en el primer volumen del *Programa de Educación Afectivo-Sexual* de la Junta de Andalucía que esta "es un aspecto de gran importancia dentro de la educación integral de chicos y chicas, [...] porque explica procesos trascendentales como

la construcción de la identidad de género o las relaciones afectivas en el ámbito de nuestra cultura". En otras palabras, la educación sexual comprende la transmisión de conocimientos relacionados con el desarrollo de actividades en el marco de la sexualidad, pero sobre todo hace parte de las aptitudes y habilidades necesarias para el proyecto de vida de una persona.

Teniendo una primera idea sobre la importancia de la educación sexual, es necesario anotar que, a pesar de que la constitución colombiana contempla la protección de los derechos sexuales y reproductivos, y que la cátedra de educación sexual es obligatoria para las instituciones educativas formales, según el informe *Condiciones escolares para el bienestar* de la Pontificia Universidad Javeriana, el índice Welbin 2021 revela que el 69.7 % de colegios no capacitaron a docentes en educación sexual durante los dos años de pandemia. De igual modo, el Ministerio de Educación Nacional indica que los docentes no están capacitados para hablar sobre el tema.

Algunas explicaciones para lo anteriormente mencionado se han dado bajo enfoques de tipo social, cultural, histórico, económico e incluso lingüístico, lo cual hace difícil enumerarlas todas. Por este motivo, se tomarán dos de ellas como referencia para este ensayo: las explicaciones desde el lenguaje y desde el contexto histórico-cultural. En lo que refiere a las primeras, la investigadora Jenny Portillo explica que existe un tabú lingüístico cuando se habla de sexo, el

cual se ha dado, entre otras cosas, "porque es un tema que genera incomodidad y vergüenza".

En lo que refiere a las segundas, Waldemar Coutts y Guillermo Morales, en una investigación de 1931, afirman lo siguiente: "En nuestra tradición occidental, la sexualidad ha sido un tema manejado en forma de tabú, siendo [...] testigo de un choque cultural entre un pueblo indígena que vivía la sexualidad [...] libre y natural versus una nación española, clerical y represiva".

Estas explicaciones sugieren de manera implícita la manera en que se ha abordado la sexualidad como algo incorrecto o anormal.

En ese sentido, ya que se ha explicado a grandes rasgos el panorama de educación sexual (a nivel educativo y cultural), surgen dos de las preguntas clave en este ensayo: ¿es eficiente el sistema de educación sexual actual? ¿Tiene relación este sistema con las situaciones que podrían prevenir infecciones de transmisión sexual (ITS), violencia íntima o embarazos no deseados?

En lo que respecta al virus de inmunodeficiencia humana (VIH) y al síndrome de inmunodeficiencia adquirida (SIDA), según el Ministerio de Salud y Protección Social se puede decir que desde 1985 ha habido un incremento progresivo de estos casos en el país, y la tasa de mortalidad ha presentado un crecimiento y mantenimiento aplanado de dicha tendencia en los periodos 1998-2007 y 2007-2015, respectivamente.

Asimismo, las cifras de violencia íntima son preocupantes: según la Organización Mundial de la Salud, Colombia se lleva el primer lugar en prevalencia de este tipo de violencia en toda América Latina, con un porcentaje del 18.4 %, siendo el país donde más se perpetúa la violencia física o sexual hacia mujeres entre 15 y 49 años por parte de sus parejas.

Por último, en el tema de los embarazos en población joven y los no deseados, en el informe de la Pontificia Universidad Javeriana sobre condiciones escolares publicado en el 2021 se encontró lo siguiente: en primer lugar, el 73.63 % de los colegios no capacitaron a los maestros en educación para la prevención del embarazo. En segundo lugar, el DANE indicó que los embarazos en niñas menores de 14 años aumentaron un 19.4 % en Colombia durante el 2021, mientras que en adolescentes de 14 a 19 años disminuyó en un 2.3 %. Finalmente, se cree que en Colombia hay 89 embarazos no deseados por cada 1000 mujeres (en Bogotá particularmente hay 113 por cada 1000).

Estas cifras, por una parte, responden parcialmente la primera pregunta, puesto que se evidencia un problema en algunos de los temas clave que se podrían prevenir o disminuir con educación sexual. Por otro lado, se puede recurrir a autores como Albornoz-Arias, et al. (2013), quienes, por ejemplo, explican que "la educación sexual disminuye la probabilidad de ser madre adolescente en un 20.77 %". Este dato evidencia una baja calidad de educación sexual.

A partir de lo desarrollado en este ensayo se puede concluir que, por un lado, el desinterés por parte de las instituciones en impartir cátedras y difundir conocimientos sobre educación sexual es un fenómeno común en muchas zonas del país. Por otro lado, que el sistema de educación sexual en Colombia no ha disminuido de manera significativa ni generalizada preocupantes cifras como las de embarazos adolescentes o no deseados.

La razón por la cual se dan las situaciones anteriormente mencionadas se atribuye, en gran medida, a un fenómeno que se ha querido identificar a lo largo del ensayo: el analfabetismo de la sexualidad, el cual consiste en una cultura que, por un lado, cataloga el sexo como un tabú e inhibe el normal desarrollo de la sexualidad como parte del proyecto de vida de los ciudadanos, y que, por otro lado, se ha traducido en ignorancia frente a temáticas fundamentales en la educación sexual.

# Mariana Ríos Torres

12 de septiembre de 2004

Es estudiante del colegio Reuven Feuerstein y desea dedicarse a la elaboración de políticas públicas, por lo que planea estudiar gobierno y relaciones internacionales. Participa en procesos de activismo político y se reconoce como lectora de dramas. Su pasión es contar historias, expresar sus pensamientos y ser un medio a través del cual otras personas puedan expandir su visión del mundo.

# Ojos de negro

**GHERALD JAFET TAYLOR QUEJADA**
*San Andrés Isla, Archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina*

Hace cuatro años, luego de una extensa jornada en la universidad, salía rumbo a encontrarme con una amistad que hace rato no veía. Al salir de la estación del bus, tres soldados me abordaron con ferocidad. Era una escena regular para aquellos jóvenes que tomábamos el transporte. En todo caso, cuando se daban cuenta de que era universitario, podía irme sin problema. "Ese estudia, déjalo", se decían entre sí. Esa vez, sin embargo, no ocurrió eso. Con exacerbada autoridad me pidieron mis documentos, y yo les entregué mi cédula y mi salvavidas perpetuo: mi carné de la universidad. Uno de ellos lo tomó y concluyó que era falso.

–¿Qué? –respondí.

–Sí. No es posible que usted pueda pagarse una universidad tan cara como esa.

Enmudecí. ¿Cómo así que la universidad en la que estudiaba, en la que había entrado con tantos esfuerzos, no estaba diseñada para mí, un muchacho negro? Con asombro les pedí que me devolvieran mis documentos, y lo hicieron, pero con una citación amenazante al batallón, en la

que se notificaba que, si no iba, quedaría como remiso. El problema no terminaba allí. Yo me fui a encontrar con mi amigo pensando que todo lo que pasó había sido un desliz con la fuerza pública, algo de lo que yo era culpable por haber estado titubeante. Nunca supe que todo ese tiempo me habían mirado con ojos blanqueados.

Hemos construido todo un mundo místico alrededor de los colores, tal y como lo perciben nuestros ojos: rojo remite a pasión, sangre, a violencia; el verde, para algunos, representa buena suerte, esperanza, optimismo; lo blanco implica paz, decoro, inocencia; y lo negro, por el contrario, da cuenta de lo tenebroso, lo gótico, lo malvado. No es que los colores tengan un significado fijo, sino que el mismo ha sido asignado socialmente a partir de hechos históricos y mitológicos. Estas significaciones se denominan "simbolismos cromáticos" y se pueden entender como un dispositivo que condiciona la validez de nociones dualistas como bueno/malo, superior/inferior, con base en colores. Sería falaz decir que concebimos lo blanco y lo negro como opuestos por pura lógica. Por el contrario, los colores se inmiscuyen en definiciones a partir de productos sociales hegemónicos, como la mitología griega o la Biblia. Se suele rotular lo blanco como lo puro y lo sagrado; y lo negro como lo profano y lo abyecto.

El simbolismo cromático fue el preludio ideal para justificar la raza, una construcción social-colonial tomada de forma acrítica y sin justificación biológica que se volvió la excusa para dominar a todo lo no-blanco, no-europeo. El

lenguaje cristiano, ligado a la Europa invasora, estaba cargado de este dualismo de colores, y lo negro fue insertado en la piel africana como un encarnamiento de la deshumanización que crearía todo un discurso opresivo, vigente hasta hoy. Lo negro, como color y ahora como identidad forzada, personifica el proceso en el cual unos seres humanos, despojados de sus culturas, de sus historias, de sus cosmovisiones, mutan en mercancía y máquinas de trabajo.

Dicho lo anterior, hablo de ojos blanqueados para referirme a la perspectiva impuesta que nos impide ver a personas que se salen de lo blanco-masculino y de las posiciones que han sido históricamente manufacturadas para beneficiar exclusivamente a los blancos y a los más adinerados. Los soldados que me vieron con ojos blanqueados no creían que yo, un muchacho negro, pudiera estudiar en una universidad privada. Incluso, me vi a mí mismo con ojos blanqueados al pensar que el trato que recibí de ellos era justificado por mi nerviosismo.

Lo peligroso de esta mirada radica en algo que Chimamanda Ngozi Adichie define como la "única historia" y lo que W. E. B. Du Bois denomina "doble conciencia". El primer concepto, por un lado, hace referencia a las historias particulares con las que se liga a ciertas comunidades: los negros solo saben bailar, los indígenas solo tejen hermosos collares. El problema, según Chimamanda, no radica en que esas frases sean verdaderas o falsas sino en que muestran a la gente de forma incompleta. Se enfatiza en la diferencia y se olvida la importancia de aquello que nos trenza

como iguales. La doble conciencia, por otro lado, consiste en mirarse siempre a partir de la visión colonial, la de los demás, al tiempo que se olvida la propia, según Du Bois. Esta conciencia impide reconocerme y reconocer a otros como seres con agencia, con capacidad de cambio, con una realidad distinta y respetable. Los ojos blanqueados, entonces, tienen un impacto biunívoco: dañan a quien ve, pues limita su comprensión del mundo, y dañan a lo visto, pues lo encierran forzosamente en lo imaginario.

Propongo entonces una visión que implique los ojos de negro, con los que podamos ver la otredad étnica de manera alternativa. Estos ojos tienen el sentido de transvalorar los significados designados a tal color. No sería útil concebir los ojos de negro solo como la mera exaltación de culturas e historias que han sido oprimidas e invisibilizadas. Esto hace parte de la ecuación, pero no representa lo único por hacer. Si lo negro sigue siendo semiotizado desde lo contrario a lo blanco, como una dualidad que es permeada por el simbolismo cromático, entonces el camino a la equidad seguirá siendo sinuoso. Los ojos de negro deben permitirnos confrontar el discurso dominante y preexistente de los colores, en los que se les han adscrito sentidos determinantes a las personas, para poder resignificar la diferencia como un elemento constitutivo, no enemigo, de la sociedad. Con todas mis fuerzas, espero que estos ojos nos posibiliten un lenguaje *en tanto vehículo de la realidad,* en el que jóvenes afro, como yo, no seamos vistos de forma incompleta, donde podamos ocupar espacios que antes parecían

imposibles, donde lo oscuro no remita a maldad y pobreza, donde ninguna otra persona, nunca más, sea violentada, invisibilizada o incapacitada por ojos blanqueados.

# Gherald Jafet Taylor Quejada

17 de enero de 2000

Estudiante de lenguas extranjeras de la Universidad Icesi. Reside en Cali con su familia desde pequeño. Como buen lector de Alfredo Molano, se piensa más como un oyente que como un hablante. Sin desconocer los espacios que habita, en los que se ha sentido protegido, busca que su escritura ayude a construir un entorno social más equitativo.

# Mi vecino, el inmigrante

**ALUNA SOFÍA ZAPATA PLAZA**
*Medellín, Antioquia*

"Tu dios es judío, tu música negra, tu coche japonés, tu pizza italiana, tu gas argelino, tu café brasileño, tu democracia griega, tus números árabes, tus letras latinas. Yo soy tu vecino. ¿Y todavía me llamas extranjero?".

Eduardo Galeano

Si observamos con detenimiento las sociedades mundiales centrando nuestra mirada en la colombiana, es imposible no comparar el recibimiento entusiasta y hospitalario con el que acogemos a los extranjeros que vienen como turistas con el rechazo inhumano hacia la oleada de extranjeros pobres. Se les cierran las puertas, se levantan vallas y murallas, y se les impide el traspaso de las fronteras.

Actualmente, Colombia es el segundo hogar de los venezolanos, lo cual ha provocado que muchos ciudadanos se cuestionen lo perjudicial que puede ser su estancia en la nación. Frecuentemente, se escucha en las avenidas frases como: "estos migrantes nos están invadiendo", "nos hurtan el poco empleo que existe", "hay muchos de ellos pidiendo plata en la calle", y aún más contundentemente: "por su culpa ahora hay más inseguridad y delincuencia". No obstante, a pesar de tan latente rechazo, muchos de nosotros coexistimos junto a un colega del país aledaño. Razón por la cual les voy a contar la historia de Esteban, mi vecino, "el inmigrante".

Esteban, un joven venezolano e ingeniero de la Universidad Metropolitana de Caracas, nunca se imaginó que terminaría viviendo de lo que lograse conseguir en el día a día. Se estableció hace cinco meses en la ciudad de Bogotá, de los cuales tres ha permanecido desempleado. Su primera parada fue en la localidad de Kennedy, y su estancia allí fue un verdadero martirio.

–Desde que salí de mi casa me ha tocado dormir en el suelo o en un colchón inflable. Gracias a Dios, siempre tuve con qué alimentarme. [Los que tuve] eran trabajos dignos, y en ellos me iba bien, pero como persona deseaba crecer en lo mío, en mi profesión –expresa con nostalgia–. Vendía productos, pero solo me pagaban por ventas. Lavé platos en un restaurante, pero allí me explotaban. Luego fui repartidor de volantes, pero después me toco arreglármelas con lo que consiguiera en el día a día. En Venezuela estaba bien, tenía mi casa, mis comodidades, tenía los lujos que uno se puede dar allá. Pero con la crisis mi sueldo ya no llegaba al salario mínimo. Tenía deudas; comprar comida era difícil. Cuando vine a ver, no tenía con qué pagar nada y me tocó salir de mi país –afirma lagrimeando.

Observando la historia de Esteban surgen múltiples interrogantes: ¿cuál es la fobia que evidencia la población colombiana hacia el extranjero? ¿Nos molesta el extranjero o el extranjero pobre? Pues bien, realmente la fobia presente en gran parte de la población colombiana no es precisamente la xenofobia, sino la aporofobia. Así, lo que

nos molesta no es el extranjero, sino el pobre, sin recursos, que pide y que probablemente no podrá aportar al PIB de la nación.

Un estudio del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) analizó más de 14000 testimonios de colombianos, los cuales develaron la banalización e invisibilización del drama que vive el pueblo venezolano en las conversaciones cotidianas dentro de nuestro país. El 53 % asocia la llegada de extranjeros con el aumento del desempleo, la criminalidad, la prostitución y la venta de estupefacientes. Por otra parte, uno de los temas más recurrentes entre los colombianos es el efecto económico que puede suponer esta migración. El 82 % no cree que la migración venezolana sea buena para el desarrollo económico del país.

No obstante, todas estas percepciones y actuaciones tienen un origen, y es precisamente la filósofa española Adela Cortina y el historiador francés René Girard quienes exponen algunos preceptos para empezar a explorarlas, entenderlas y cuestionarlas.

La aporofobia, término propuesto por Cortina, se refiere al rechazo que sentimos hacia la pobreza o hacia las personas de precarios recursos. En efecto, no tenemos ningún problema con aquellos migrantes que encajan en nuestros ideales de ser un extranjero adinerado, documentado y que, por ende, contribuye a la sociedad, lo cual explica por qué los colombianos tratamos bien a los turistas y hacemos

lo necesario por brindarles una amplia hospitalidad. Pero, al mismo tiempo, según los estudios mencionados previamente, la gran mayoría está de acuerdo con la expulsión de los venezolanos sin preguntarse por su bienestar.

Al otro lado de la balanza, la teoría del deseo mimético de Girard permite entender por qué culpamos a los venezolanos de problemas preexistentes. Es decir, este deseo es aquello que también desea el otro, como el anhelo de una vida digna, el cual se ve truncado por la profunda inequidad en la que vivimos. Para evitar que el otro nos quite el deseo, proyectamos esta violencia en un tercero vulnerable, con el mismo deseo, a quien podemos convertir en un enemigo común. De este modo, el venezolano migrante que también busca dignidad es un personaje idóneo.

Pero entonces, ¿cómo darle fin a esta fobia social? Primeramente, hemos de reconocer que la aporofobia es una problemática multicausal, por lo tanto, no puede tener una solución exclusiva. Para combatirla es necesario el apoyo de la dimensión política, económica, social y cultural de la nación. Sin embargo, podemos empezar este cambio desde nosotros y desde nuestras posibilidades. Para esto se hace útil practicar el ejercicio de la empatía y tomarse el tiempo de conocer al otro, lo cual posibilita comprender que migrar es una realidad muy compleja para quienes la enfrentan.

En definitiva, se hace evidente que Colombia está plagada de una terrible fobia social: la aporofobia. Esta no solo se

presenta hacia el extranjero sin recursos, sino hacia todas las personas que posean un factor determinante: la pobreza. De este modo, aquellos que no cumplan con los ideales económicos generalizados socialmente tendrán una alta probabilidad de padecer los efectos de este estigma. ¿La solución? Una utopía en proceso de construcción que quizás algún día logre consumarse. Por el momento, procuremos situarnos con regularidad en el lugar del otro, cimentando el camino a la empatía, la tolerancia y el respeto por nuestro vecino, el inmigrante.

# Aluna Sofía Zapata Plaza

14 de febrero de 2005

Estudiante de relaciones internacionales en la Pontificia Universidad Javeriana. Aunque vive en Bogotá, tiene siempre presente su raíz antioqueña. Su inquietud y fascinación impregnan todos sus intereses: la naturaleza, el teatro, los idiomas y la literatura. Además es investigadora del semillero Periscopio de su universidad. Su pasión es la escritura y con ella aspira a expresar las voces menos escuchadas. Considera que escribir con ese propósito es un acto de transformación cultural, y que las palabras y las ideas pueden cambiar el mundo.

ENSAYO
**Categoría juvenil**

171

# El mundo oculto detrás de un crimen artístico

**PAULA ALEXANDRA BELTRÁN MARTÍNEZ**
*Bogotá D.C.*

A lo largo del tiempo ha existido una evolución en el entendimiento del arte: una representación subjetiva que busca expresar aquellos deseos y sentimientos que nacen de las experiencias de cada artista, quien busca dejar un mensaje, una huella de los hechos que ocurren en su realidad, y trasmitirle a la gente todo aquello que pasa por su mente.

El arte urbano es un fenómeno que ha tomado fuerza en los últimos años. Este término hace referencia a aquellas obras que se encuentran en espacios públicos dentro de una urbanización. Dicho arte se caracteriza por ser bastante versátil, y por poderse practicar de forma clandestina. Aunque puede llegar a ser mal visto por personas que denominan a estas obras de arte como simple vandalismo y capricho de los artistas para obtener algo de atención, hay quienes también consideran que este tipo de arte es una expresión única que genera conciencia y toca temas importantes, ya sea de forma sutil o mediante una representación rigurosa.

Quienes lo producen son artistas que se dan a conocer al dejar su propia huella en lugares únicos pero accesibles

para todas las personas; creadores que muestran y dejan un mensaje en el espacio público, al que utilizan como su propio lienzo, como su propia galería, en la cual pueden exponer su mensaje a toda persona que pase casualmente por estos lugares donde el arte habla por sí solo.

A lo largo de la historia ha habido memorables ejemplos de infraestructuras que se convirtieron en dispositivos de comunicación: trenes, mobiliarios urbanos, muros y cualquier objeto en la ciudad que sea apto para pintar se ha convertido en un espacio que rompe ese silencio y muestra la verdad que vive la minoría de la población día a día; gente no valorada y olvidada en el tiempo, según Antonio Castillo Gómez, citado por Nino Andrey Gaviria en su texto "El arte urbano como dinamizador de comunidad".

El urbanismo hegemónico se ha encargado de construir una imagen de la ciudad donde todos sus habitantes son supuestamente respetados, escuchados e integrados. Por el contrario, el arte urbano contradiscursivo quiebra por completo la imagen de esa sociedad que nos muestra el urbanismo hegemónico: desvela el conflicto, la exclusión y desintegración de la población desfavorecida, como afirma el crítico de arte Elkin Rubiano.

El objetivo del contradiscurso urbano es cuestionar aquella realidad perfecta que pintan las entidades estatales sobre las condiciones de vida de las personas. El arte urbano logra fragmentar ese ideal falso de una comunidad no conflictiva. Permite el resurgimiento de aquellas voces

desconocidas antes sumergidas en el olvido, las cuales constituyen, muchas veces, un ruido muy suave que solo pocas personas son capaces de escuchar.

La apropiación de los espacios públicos para realizar obras de arte urbano se ve fuertemente influenciada por las condiciones sociales e históricas propias de un territorio. En el caso de Colombia, esto ha sido así por los procesos de revueltas armadas que afectan a las poblaciones de forma directa o indirecta, lo cual ha causado una represión en la libertad de expresión. De esta forma, el arte urbano se vuelve lo que Nino Gaviria llama un método de comunicación comunitario.

En un territorio donde predomina el miedo ocasionado por la violencia, es insensato no pensar en una forma de mediar las disputas sin recurrir a las agresiones. El arte urbano, además de ser una huella, es una propuesta para todo aquel que lo observe con detalle. Al mostrar una problemática y conseguir que las personas se concienticen de ella, se busca el apoyo de la comunidad para empezar a mitigar el problema paso a paso. Esto por medio de un modo mucho más expresivo que las palabras, una obra con la que la gente se puede identificar: mil percepciones que convergen en una pieza artística. Cada persona observa, siente y percibe la obra como su subconsciente le dicta, con lo cual se logra su objetivo: trasmitir todo aquello que otros no pudieron.

Según lo dicho, la ciudad es vista entonces como una serie de estratos, de huellas que no se borran completamente.

Esto nos permite observar los vestigios anteriores, las formas que le preceden, los estilos algunas veces contradictorios o complementarios. Son como rastros que emergen de distintas formas en la ciudad contemporánea, cada uno de ellos relatándonos "un mundo que se superpone a otros mundos", según Jaime Xibillé Muntaner, citado por Nino Gaviria en el texto ya mencionado.

Por último, el arte urbano deja en la ciudad un vistazo del presente y el pasado, con lo cual se expone todo ese sufrimiento, tristeza, alegría y esperanza que estaban presentes en distintos momentos de la historia del territorio. El espacio público es el espacio de todas las personas, incluso para aquellas que no tienen las posibilidades de dormir bajo un techo, abrigadas en la comodidad de un hogar. El paisaje urbano está en constante alteración, por lo que puede desaparecer en cualquier momento. Este solo queda ocasionalmente plasmado en imágenes que preservan lo que fue y lo que tal vez volverá a ser. Es un paisaje que permite cambios y transformaciones, como las que experimentamos con nuestro cuerpo, según Gaviria.

Este fenómeno, antes considerado como problemático y vandálico, ha pasado a percibirse con el paso del tiempo como un fenómeno que deja un mensaje de manera colorida, y que expresa y muestra el arte en su estado puro, convirtiéndose en parte del paisaje urbano.

# Paula Alexandra Beltrán Martínez

5 de septiembre de 2005

Cursa el penúltimo año de su bachillerato en el Colegio Reuven Feuerstein. Descubrió su gusto por la lectura y la escritura a los 14 años. Para leer, prefiere la fantasía; para escribir, aquello que la inquiete y le permita explorar su creatividad para crear nuevas realidades. Después de graduarse desea estudiar una carrera afín a las finanzas pues su estilo de vida ya está marcado por la literatura.

ENSAYO
**Categoría juvenil**

177

# Guerra en Europa: relatos del desplazamiento

**JUAN ESTEBAN LÓPEZ CASTAÑEDA**

*Cota, Cundinamarca*

La migración, el desplazamiento y el cambio de panoramas son intrínsecos a la humanidad, así como lo son la escritura y el relato de historias. De lo anterior nos podemos preguntar: ¿cómo influyen las situaciones de desplazamiento y multiculturalidad en la vida de los escritores y sus obras?

La respuesta surge tras encontrar un vínculo entre Isaac Asimov, nacido en Rusia, pero trasladado a Estados Unidos durante la Guerra Fría, y la alemana-neerlandesa desplazada por la guerra, Ana Frank. Quisiera establecer una relación entre sus vidas a partir de los contrastes entre sus perspectivas y los lugares desde donde escriben sus obras más famosas, así como desde sus contextos históricos específicos, para entender cómo la guerra y la combinación de culturas son factores que influyen en la forma de escribir un texto, al igual que en su intención.

Para comenzar, nos situaremos en 1929, año de nacimiento de Ana Frank en Fráncfort, República de Weimar. Ana nace en el Reich alemán del periodo entreguerras, justo al inicio de una gran depresión que desde 1929 hasta 1931

empobreció aún más a la ya muy azotada población alemana por los efectos de la Primera Guerra Mundial. Siendo hija de una privilegiada familia, de padre banquero y madre heredera, se ve obligada a vivir la transición entre la comodidad y la escasez a muy corta edad, y crece criada por la remembranza de un pasado de éxito y prosperidad. Su juventud es permeada por la revolución del Partido Nazi, que en su inicio solucionó los problemas económicos de Alemania, a la vez que veía a un veterano de la Gran Guerra adelantar su propia agenda de terror contra los individuos de razas impuras, de preferencias religiosas o sexuales diferentes, o judíos, como ella y su familia.

Su diario es un relato intenso del viaje que se ve obligada a emprender para escapar de un régimen que ahora la persigue a ella y a su familia. Retrata las condiciones que tuvo que aprender a sortear, habla de su visión de la guerra y el desplazamiento siendo una niña de trece años, y describe con lujo de detalles el terror de lo que vive en medio de su escondite.

En cada entrada del diario son notorias las fluctuaciones en el estado anímico de todos dentro de su refugio. Ana escribe sus reflexiones sobre la guerra y la exterminación, y, al final, nos deja una desgarradora última anotación tres días antes del allanamiento en el que son capturados ella y su familia, y meses antes de su fallecimiento en un campo de concentración en 1945:

> Es difícil en tiempos como estos pensar en ideales, sueños y esperanzas solo para ser aplastados por la cruda realidad. Es un milagro que no abandone todos mis ideales. Sin embargo, me aferro a ellos porque sigo creyendo, a pesar de todo, que la gente es buena, de verdad, en el fondo de su corazón.

1450 km al este y veinticinco años antes, en Petróvichi, Rusia, nace Isaac Asimov, nuestro segundo ejemplo, quien es considerado por muchos el padre de la robótica y de la ciencia ficción y, en general, un autor insigne de un género que se formaría con las obras maestras de George Orwell, Mary Shelley y todos los escritores cuyas obras hasta entonces conformaban un espacio literario sin representación.

Isaac Asimov nace en el seno de una familia del imperio ruso del siglo xx. De cuna judía, es llevado a una muy corta edad lejos de su lugar de nacimiento, tras las tensiones de un devastador periodo entreguerras y la inestable situación en el clímax de la Revolución bolchevique. Asimov crece entonces escapando del régimen comunista y de un país que cree en el caudillismo de un señor Vladímir Ilich Uliánov, Lenin.

En la obra más reconocida de Asimov, la serie de la *Fundación*, no podremos identificar textos relacionados directamente con sus vivencias; sin embargo, considerando la vida misma del autor, logramos ver algunos elementos de su educación sustancialmente zarista en un contexto estadounidense, viviendo sobre todo en conflicto con sus valores

y crianza en plena Guerra Fría, donde nadie gana y todos pierden:

> ¿No es algo evidente para todo el mundo que el imperio es tan fuerte como siempre? La apariencia de fuerza no es más que una ilusión. Parece tener que durar siempre. No obstante, el tronco de árbol podrido, hasta el mismo momento en que la tormenta lo parte en dos, tiene toda la apariencia de sólido que ha tenido siempre.

Tanto la Segunda Guerra Mundial como las posteriores tensiones bélicas de Occidente, y lo que estas trajeron consigo, fueron conflictos que cambiaron no solo el statu quo a través de las armas sino también a través de la razón. Los discursos orientados al progreso y a la globalización, como los presentados por Estados Unidos al hemisferio occidental, así como aquellos que profería la Unión Soviética, los cuales impulsaban la autosustentación y la supremacía trabajadora en Eurasia, se volvieron el común denominador de la mentalidad del mundo.

Frank y Asimov son ejemplos de lo que significa ser un sobreviviente literario de la guerra europea y de sus consecuencias. Su crianza, su contexto sociopolítico y todo lo que ocurrió en sus vidas también cambió su forma de hacer literatura, de escribir desde el sentimiento y los principios. A partir de sus miedos y creencias más profundas, ambas vidas y ambas experiencias influenciaron de manera

sustancial las formas actuales de escribir. La transparencia ante el autoritarismo, la importancia y los alcances de la ciencia, y la esperanza de una sociedad estable e inclusiva son objetivos que hoy hemos tomado como propios, como parte de nuestras vidas, gracias, en gran medida, a estos autores.

Podemos entender que la guerra y la combinación de las culturas son factores que influyen en la forma de escribir un texto, al igual que en su intención, a partir de los contrastes entre Asimov y Frank, entre sus perspectivas y los lugares donde escriben. Vivir en Países Bajos siendo alemana, en Estados Unidos siendo ruso, o incluso en Bogotá siendo araucano, son ejemplos de cómo el desplazamiento cambia la forma de pensar y, por ende, la forma de escribir.

# Juan Esteban López Castañeda

25 de octubre de 2004

Bachiller del Colegio Bilingüe José Max León. Está iniciando la carrera de economía en la Universidad Nacional de Colombia y se ha desempeñado como secretario general de Simonu Bogotá 2022. Tiene fascinación por la literatura, en especial la ciencia ficción. Cree en el valor de la narración porque entiende la palabra como un medio para aportar al mundo un punto de vista diferente.

ENSAYO

# Categoría adultos

ENSAYO
**Categoría adultos**

186

# Educación rural en Colombia: espejismo o realidad

**ANTONIO CARLOS FABRA LOBO**
*Sahagún, Córdoba*

Por ley, todo colombiano tiene que cumplir con los programas académicos del Ministerio de Educación si quiere graduarse de primaria y luego de bachillerato. Sabemos también que esos programas fueron diseñados por maestros de ciudad para niños de ciudad, quienes supuestamente llegarán a ser "doctores", cosa que rara vez ocurre con los niños del campo, quienes apenas terminan la primaria, como afirma Luis Arturo Gil Pedraza en su ensayo "Educación Rural en Colombia".

Si es verdad que se deben cumplir ciertos lineamientos para el desarrollo y la formación del estudiante, ¿qué tan influyentes son estos lineamientos para el estudiante rural? Si nos basamos en las características que deben tener los niños, las niñas, los adolescentes y jóvenes en materia de educación a nivel nacional, podremos encontrar que estas se basan en cómo son preparados para un futuro que pocas veces llegan a encontrar. Es bien sabido que el mismo sistema los pondera de manera igualitaria en dos contextos totalmente opuestos a la realidad, pues la educación urbana presenta avances que en su gran mayoría la ruralidad

no posee. Si contextualizamos estos dos universos, encontramos que el estudiante rural carece de oportunidades fundamentales para su desarrollo académico, y se prepara con lineamientos no acordes a su realidad, pues sus conocimientos deberían ser el reflejo de su cultura y tradición con el campo. Es necesario decir que, además de lo ya mencionado, el desplazamiento forzado, la minería ilegal y los grupos al margen de la ley son factores que convergen en la precariedad del estudiante campesino.

Es el caso de zonas como el Bajo Cauca antioqueño, donde estos factores son evidentes día a día. La globalización entra así a pasos agigantados en mentes remotamente preparadas para estas diversas situaciones, lo cual propicia que tengan más vacíos negativos en sus propias vidas. El hecho de no contar con las herramientas necesarias para la educación desmotiva en dicha población, pues los chicos prefieren el facilismo a cumplir con el deber de estudiar. Si hacemos un paralelo entre la educación rural y el contexto en el que se desarrolla, podemos decir que la falta de infraestructuras óptimas, la falta de material pedagógico y la falta de herramientas tecnológicas logran poner en desventaja a la ruralidad. La globalización, que cada día se extiende más en un mundo que aún está en una época arcaica, y las desventajas tanto en los lineamientos como en la manera en que evaluamos a los estudiantes del campo conducen a una mediocridad académica fundamentada en las fallas del sistema educativo.

Por tanto, evaluar al estudiante rural con los mismos criterios con que se evalúa al estudiante urbano es una osadía cuando principalmente se deben tener en cuenta los contextos en los cuales se desarrollan estos agentes participativos. En la actualidad se realizan pruebas y estándares enfocados en una educación para futuros doctores e ingenieros, y no se tiene en cuenta el progreso del campo ni el de los futuros agrónomos campesinos, quienes deberían ser capaces de interactuar con el medio que los vio crecer sin dejar de lado la prevención del maltrato animal y la recuperación del medio ambiente y de la tierra árida; esta premisa debería ser la más importante en el desarrollo del estudiante rural.

La dificultad para llegar a la escuela, la violencia que aún persiste, la explotación minera, la gran carencia en recursos, la ausencia de salones adecuados y la falta de materiales didácticos, laboratorios e implementos deportivos son factores que agravan la política educativa rural, impertinente, entre otras cosas, porque bajo esas circunstancias se da cabida a un modelo educativo para ciudadanos cosmopolitas: un conjunto de saberes que preparan a sus estudiantes para ser buenos consumidores, mientras se obvia en aulas perdidas en montañas, valles y páramos toda la ruralidad de nuestro país.

En la vida rural del país es normal que niños, niñas y docentes, además de tener que caminar dos y hasta cuatro horas para llegar a la escuela, madrugar a las cuatro de la

mañana, transitar bajo la lluvia por caminos enlodados, volver a casa para hacer tareas sin internet o sin acceso a una biblioteca –porque en la vereda eso no existe–, deben llegar a ayudar en la huerta familiar, a recoger la cosecha y a dedicar parte del tiempo escolar al trabajo del campo, luego acostarse muy temprano para volver a iniciar todas estas labores. Eso es frecuente en la vida escolar rural, y por ello debería ser el inicio de la discusión sobre una nueva pedagogía en la vida educativa del campo. La educación rural debe así revisar otros elementos que den cuenta del tipo y la condición del contexto de la escuela: por una parte, las condiciones económicas, los efectos de la violencia y la calidad de la educación; por otra parte, el impacto de sus políticas en la vida social de sus asistentes, como afirma Jairo Arias Gaviria en su artículo "Problemas y retos de la educación rural colombiana".

La educación rural en el país, junto con las desigualdades educativas que en ella permean, son la constante en los diferentes escenarios de los cuales hace parte. Y plantear objetivos iguales para mundos en diferentes contextos implicará el declive de la educación, pues carecerá de los lineamientos específicos para dichos procesos educativos. Idealizar un mundo globalizado es adentrar al estudiante rural en lo desconocido con los ojos vendados. En este proceso, lo más adecuado es contextualizar los lineamientos según el entorno del estudiante, sin dejar de lado las herramientas propias con las cuales está familiarizado. Es

importante comprender que el estudiante rural no es minoría; por el contario, es mayoría y, por ende, merece una educación basada en sus conocimientos tradicionales: su contexto y su cultura, priorizando el campo como base fundamental de su proceso formativo y de vida.

Evaluar adecuadamente al estudiante rural en su propio ambiente, sin involucrar los fundamentos urbanos, debe ser el propósito de una educación de calidad. Atreverse a contextualizar es el objetivo que se necesita para lograr un mejor desarrollo académico en el campo. Cuando visualicemos las falencias, lograremos mejorar el camino y la calidad de la educación rural en Colombia.

# Antonio Carlos Fabra Lobo

27 de septiembre de 1992

Normalista de la escuela Normal Superior Lacides Iriarte y licenciado en educación básica de la Universidad del Magdalena. Se desempeña como docente de la Institución Educativa Rural La Arenosa en El Bagre, Antioquia. Lee todo lo que cruza por su mirada y, por ello, le gusta viajar y conocer las tradiciones de distintas comunidades. Reconoce a David Sánchez Juliao entre los autores que han cifrado su historia lectora. Escribe porque quiere dar a conocer las realidades escondidas del país.

ENSAYO
**Categoría adultos**

193

# Lecciones literarias en tiempos electorales

**FRANK ALEXANDER ORDUZ RODRÍGUEZ**

*Bucaramanga, Santander*

La relación entre literatura y poder político es de vieja data. Los antiguos cantares de diversas épicas, como el *Cantar de mio Cid* o la *Farsalia* de Lucano, narraban las aventuras y hazañas de los héroes, pero también los enfrentamientos que sostenían con el poder político de sus pueblos. A medida que la literatura entró en un campo de mayor maniobra, a pesar de la censura y gracias a la pericia de los autores, el poder como tema literario expuso, entre revelación y pedagogía, algunas realidades internas de los gobiernos. Lo anterior ha proporcionado una idea más cercana del perfil de los mandatarios y de sus gobernados. Más allá de lo que ofrece la teoría política o cualquier marco ético o moral, la literatura, desde sus revaloraciones estéticas, abre el panorama sobre el tema del poder y brinda herramientas para decantar a los candidatos, sus propuestas y las circunstancias en tiempos electorales.

Lo primero que se puede decir es que la literatura no se ha encargado de mostrar la mejor cara del poder, pues los Estados de ficción que construye no quedan bien parados ante lo mostrado por la historia y los medios de comunicación.

Esto sucede porque la literatura representa la intimidad de los gobiernos, sin que se entienda esto como una reelaboración arbitraria y sin auténtico asidero. De hecho, la estetización de lo que hay detrás de la imagen pública del poder se cimienta en una serie de investigaciones y resoluciones que crean un tipo de conocimiento lógico y factible, aun cuando hablemos de literatura fantástica. Un ejemplo de lo anterior son novelas como *Tirano Banderas* (1926), de Valle-Inclán; *Yo el Supremo* (1974), de Roa Bastos; y *El otoño del patriarca* (1975), de García Márquez, entre otras. Lo que tienen en común estas obras literarias es que muestran una imagen del déspota que hace de su investidura la cama de sus deseos y la desventura de sus gobernados.

Sumado al carácter de los dirigentes literarios, encontramos la ficcionalización de las tácticas de manipulación aplicadas a sus dirigidos. En la literatura, como en la realidad, los grupos que sostienen el poder de cada nación se encargan de configurarnos como votantes. La frase acuñada por Joseph de Maistre, "cada nación tiene el gobierno que se merece", tan sonada antes y después de votaciones, parece ser proferida más por impotencia que por un intento de comprensión del fenómeno electoral. Pero poco se reflexiona sobre la maquinaria de manipulación masiva orquestada por las campañas políticas y los gobiernos. Precisamente, es a través de los medios de comunicación y de las necesidades de los países que los poderosos cimientan un criterio generalizado para su beneficio. De esta suerte,

los electores caemos en la defensa acérrima de un bando, "consecuencia del fanatismo político inoculado en conciencias supersticiosas", como afirmó en 1871 el argentino Juan María Gutiérrez, cuando en verdad no existe tal división entre partidos.

El efecto de división es también fundamental en toda contienda electoral manipulada por un poder dominante. Para desentrañar este artificio es importante escudriñar en lo que posiblemente piensan los dueños del poder, terreno en el que la literatura tiene mucho que ofrecer. Como en la política real, la literatura evidencia el entramado mediático gubernamental que, a modo de tensión, muestra a los clanes políticos como adversarios. Contrario a lo anterior, los elementos de la contienda prefabricada son parte de un todo indivisible, sin el maniqueísmo que los medios de comunicación presentan. Entonces, las "noticias" que se destruyen a medida que aparecen otras sin que la contradicción pareciera que importara, más allá de perjudicar a uno u otro partido político, terminan por ser publicidad y capital político para ambos, lo que se traduce en poder. En este panorama, "nunca ocurre tal lucha", como se dice en algún momento de *1984*, la novela de George Orwell.

A pesar de esta mecánica oscura de la política, la literatura también inventa a sujetos que, tachados de locos o utopistas, proponen algunas salidas características de una escritura sapiencial. Es memorable el capítulo XLII de la segunda parte de *Don Quijote de la Mancha*, en el que don

Alonso Quijano aconseja a Sancho Panza antes de que el escudero asuma como gobernador de la ínsula Barataria. Dando un salto hacia los tiempos electorales y las necesidades actuales en Colombia, convendría que candidatos a los distintos cargos gubernamentales consideraran el siguiente consejo:

> Si tomas por medio a la virtud y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia a los que padres y abuelos tienen príncipes y señores, porque la sangre se hereda y la virtud se aquista, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale.

La razón es más que evidente: en el ambiente de desencanto y escepticismo que se genera hoy en Colombia, las contiendas electorales advierten un juego de influencias y conveniencias más abierto que el acostumbrado, como si estas maneras fueran las únicas salidas a un verdadero cambio social. Ante esto, no estaría de más tomar como lecciones aquello que la literatura expone sobre el poder. Novelas, cuentos, poemas y piezas dramáticas, entre otras expresiones literarias, abren, sin lugar a dudas, el panorama de nuestra propia visión de la política. Mejor aún, el marco ofrecido por la perspectiva literaria puede hacer que todos los actores de la política nacional inclinemos la balanza hacia el lado de las iniciativas virtuosas y en contra de los intereses meramente partidistas, que

claramente podemos evaluar mucho antes de ver las fotografías de los tarjetones electorales.

# Frank Alexander Orduz Rodríguez

14 de octubre de 1991

Vive en Tunja, Boyacá, con su esposa y sus hijas, y allí es docente del INEM Carlos Arturo Torres e investigador en la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. Para su vida desea paz y muchas horas de lectura. Para él, la escritura es una forma de ponerse en el lugar del otro y una manera de inscribirse en la historia. Al escribir y al leer siente que es con los demás y que los demás son con él, de una forma verdaderamente auténtica.

ENSAYO
**Categoría adultos**

200

# El saber ambiental para un futuro sostenible: un diálogo con Enrique Leff

**ARMANDO JOSÉ QUIJANO VODNIZA**
*Pasto, Nariño*

Desde hace aproximadamente cinco décadas se ha hecho evidente una gran realidad: el deterioro del medio ambiente ha llegado a un nivel crítico, lo cual ha puesto en peligro no solamente a las especies animales y vegetales, sino también a la humanidad misma. Sin lugar a dudas, esta situación se ha presentado por un modelo de vida basado en la explotación indiscriminada de los recursos naturales con el propósito de satisfacer las necesidades materiales, especialmente el usufructo económico, a costa de agotar las fuentes limitadas que brinda la Tierra.

Ante este panorama oscuro que envuelve la existencia planetaria, hay otro hecho igualmente preocupante: la mayoría de las personas no han reconocido que la causa más profunda de esta crisis tiene que ver con la forma como la humanidad, especialmente los científicos, se han comprometido en la búsqueda del conocimiento de la naturaleza. En otras palabras, la causa primera de la crisis ambiental es un problema eminentemente epistemológico, tal como lo plantea el pensador mexicano Enrique Leff en *La complejidad ambiental*:

"La cuestión ambiental, más que una problemática ecológica, es una crisis del pensamiento y del entendimiento".

El error que se ha cometido yace en las profundidades del proceso de razonamiento que hemos heredado de la modernidad: separar al hombre de la naturaleza y, a su vez, de los demás hombres. Gracias a esta herencia es que el medio ambiente ha sido estudiado desde visiones parcializadas en las que el hombre no forma parte de la naturaleza, como afirman Carolina Giraldo y Germán A. Quimbayo.

Por otro lado, la búsqueda de la anhelada objetivación y cosificación del mundo ha llevado, según Leff, a que la ciencia tradicional se haya volcado al dominio incontrolado de la naturaleza y a mercantilizar todos sus bienes, desnaturalizándola. Así, los responsables de la ciencia y la tecnología han seguido la misma línea de pensamiento del liberalismo clásico, preocupándose únicamente por el incremento de la productividad con la esperanza de que una "mano invisible", utilizando el término de Julián Sabogal, solucione los problemas de los seres humanos.

De esta manera, la ciencia oficial se ha negado a aceptar el hecho de que comunidades alejadas de la academia (por ejemplo, los pueblos indígenas) también han adquirido un conocimiento que les ha permitido entender y manejar sosteniblemente la naturaleza donde han habitado durante cientos de años. Muchas veces, incluso, se ha mofado de tal sabiduría "natural", en cuanto se postula erróneamente que el científico es el único que sabe.

De tal manera, el reto al que en estos momentos se enfrenta la humanidad es comenzar a dirigir la mirada hacia el nuevo horizonte que se vislumbra con los aportes de grandes pensadores contemporáneos. Paradójicamente, estos se aproximan más a las visiones de las comunidades indígenas ancestrales que a los planteamientos y prácticas nefastas que por más de quinientos años hemos heredado del Viejo Continente.

Como una respuesta ante la imposibilidad de que el conocimiento científico ofrezca soluciones de fondo a la crisis ambiental, Leff propone el surgimiento del saber ambiental, basado en los siguientes principios:

En primer lugar, hay diferentes saberes, pero se requiere un diálogo entre ellos, desde el cual se acepte que no hay una verdad absoluta y que la visión del otro puede complementar la de su contraparte, como mencionan Giraldo y Quimbayo. En este sentido, es tan válido el conocimiento de un científico como el de un chamán en una comunidad indígena, quien a través de un ritual propicia que la Madre Tierra bendiga la huerta casera y de esta manera dé sus frutos. En este caso, el investigador debe interpretar dicha práctica desde otro enfoque y desde otro método al buscar "el encuentro entre las ciencias objetivas y los saberes que condensan los sentidos prácticos y existenciales que han fraguado en el ser a través del tiempo", como dice Leff en su texto "Complejidad, racionalidad ambiental y diálogo de saberes".

En segundo lugar, dicho diálogo de saberes es más que todo un diálogo entre seres humanos, motivo por el cual incorpora la diversidad cultural en la formación del conocimiento y la transformación de la realidad: "El saber ambiental se construye en un diálogo de saberes propiciando un encuentro de la diversidad cultural en el conocimiento y construcción de la realidad", dice Leff en el texto previamente mencionado.

En tercer lugar, la relación entre el ser, el saber y la cultura va más allá de una razón instrumental, la cual usa la razón para disfrazar los intereses, pues una investigación neutra y aséptica es algo irreal, es una utopía, ya que el método está inserto en un paradigma y este, a su vez, está ubicado dentro de una estructura cognoscitiva o un marco general filosófico y sociohistórico.

Y, en cuarto lugar, todo proceso de conocimiento debe ser iluminado por la ética, ya que, como afirma Leff en "Complejidad...":

> La ética es la relación por excelencia que recupera al ser y abre la historia al futuro; es el encuentro del yo con el otro, un diálogo que no dirige al yo con un "eso" (donde el ambiente es reducido a una cosa), sino un yo que se dirige a un tú, un tú que es otro, irreducible al yo y a sí mismo, a un alter ego ensimismado.

Por lo tanto, el saber ambiental genera otro tipo de racionalidad, una diferente a la que habíamos heredado de la

ciencia clásica, y que Leff denomina "racionalidad ambiental". Asimismo, el saber ambiental inaugura otra perspectiva teórica –a esta la denomina "complejidad ambiental"–, que orienta la apropiación cultural de la naturaleza desde el ser, la identidad y la otredad.

# Armando José Quijano Vodniza

6 de octubre de 1962

Docente de la Universidad Cesmag y director del grupo de investigación Inti Rumi en el área de patrimonio cultural y natural del programa de arquitectura. Leer hace parte de su vida diaria junto a la música barroca, las culturas antiguas y la astronomía, a la que le tiene un amor de aficionado. La escritura es su oportunidad para reflexionar a diario sobre su vida y su quehacer docente, razón por la cual la entiende y experimenta como un verdadero agente del cambio social.

ENSAYO
**Categoría adultos**

207

# Los algoritmos no escriben poemas

**JUAN DANIEL MAZO BARRIENTOS**
*Yarumal, Antioquia*

Cada vez es más frecuente que, luego de escuchar una canción, ver un video o buscar algo en internet, una suerte de conjuro aprisione nuestro historial en las redes sociales o en los omnipotentes motores de búsqueda. Cantantes, creadores de contenido o zapatos de una marca determinada se transforman en un recordatorio que invade nuestra solitaria mirada sobre las pantallas, al aparecer en forma de anuncios que no desaparecerán hasta que adquiramos un plan premium. La situación ha escalado a un punto tal que, incluso, como lo expuso un reciente artículo de la *BBC*, varias de las compañías más importantes del mundo han sido acusadas de vender datos a terceros a fin de especificar nuestras preferencias culinarias, políticas, artísticas o religiosas, para vendernos productos.

Gracias al *machine learning*, si comentamos una publicación, reaccionamos con un like o damos clic en un sitio, el mensaje que estamos enviando al sistema es que algo en específico nos gusta. La máquina nos sugerirá el contenido que más se ajusta a las predilecciones que ha registrado.

Dicha posibilidad no sería cuestionable si siempre nos ciñéramos a nuestras preferencias, si las viejas emociones no variaran en absoluto al someterlas a la negra espalda del tiempo, para usar una metáfora del escritor español Javier Marías.

En lo que respecta a la literatura, esta también se despliega en plataformas administradas por algoritmos que extraen datos. Basta buscar un libro en Google para que una línea de código determine, en forma de publicidad de alguna editorial o librería, que queremos leerlo. El arte está a merced de la matematización de las palabras, y por eso, como propone Hernán Vanoli en su ensayo "El amor por la literatura en tiempos de algoritmos", el mundo de hoy se asemeja mucho más a las distopías de la ciencia ficción proyectadas por un novelista como Philip K. Dick, que al descarnado realismo de Tolstói o Balzac fijado por el canon del siglo pasado.

Los escritores, otrora artífices de la ficción como rebelión contra la realidad, como cree Mario Vargas Llosa, hoy en día parecen tener la obligación de ser más programadores que narradores, y en virtud de ello, no resulta inverosímil que novelas escritas por inteligencias artificiales terminen siendo finalistas en premios literarios o que existan páginas web que pretendan escribir poesía.

Sobre estas últimas, vale la pena mencionar una de las más curiosas: https://www.motorhueso.net/pac/, desarrollada por el poeta mexicano Eugenio Tisselli. Esta funciona

con un sencillo mecanismo: el usuario introduce una frase que es inmediatamente traducida al inglés con el fin de sustituir ciertas palabras por sinónimos y, finalmente, regresarla al español. Al acceder a esta página y hacer un breve ejercicio copiando y pegando un fragmento de "Canción de la vida profunda", el poema de Porfirio Barba Jacob: "Hay días en que somos tan móviles, tan móviles", el resultado es, sencillamente, anodino: "Aquí hay años en los que es posible que no presente una respuesta".

La evidente pérdida de sonoridad de los versos sería suficiente argumento para demostrar que los algoritmos no escriben poesía. Esta página web distorsiona el sentido de las palabras, las trastoca procurando darles una profundidad de la que carecen, bajo una premisa que sugiere que la poesía solo enrarece las palabras y las ideas, cuando, al contrario, un poeta lo que intenta es aclararlas.

Por esta razón, en circunstancias como la descrita, en la que intentamos crear un poema con herramientas aparentemente vanguardistas, las palabras del pasado resuenan con una especial autoridad, siendo Jorge Luis Borges, aquel poeta que anticipó Wikipedia con su biblioteca de Babel y los celulares con su Aleph, quien nos señala que la creación poética, al ser un hecho lingüístico, no corresponde con la realidad sino con la estética. En consecuencia, la belleza de un poema no es el resultado de un artilugio sino de una sensación.

Ahora bien, un algoritmo es definido por el *DRAE* como un "conjunto ordenado y finito de operaciones que permite

hallar la solución de un problema". Esta definición no es muy elocuente en sí misma y, al establecerse como una solución, nos permite interrogar sobre la naturaleza, el origen y las consecuencias de las problemáticas que procura resolver. En este punto, entonces, se advierten dos contradicciones: a) al ser un conjunto finito de operaciones, el problema debe resolverse lógica o matemáticamente, ergo, las soluciones pueden ser infinitas; y b) los problemas relacionados con abstracciones más conceptuales que concretas carecen de sentido.

A simple vista, el carácter de los algoritmos es meramente operativo, pero, como sucede con toda la fundamentación matemática de la realidad, su alcance despierta cierta suspicacia. Desde la Antigua Grecia, la idea pitagórica del universo como número ha obviado cuestiones esenciales de la condición humana: los sentimientos, la organización social o la fe escapan a estos razonamientos. La cólera de Aquiles –o su carrera contra una tortuga– no puede ser explicada solo por la sumatoria de sus decisiones.

En síntesis, como asegura Vanoli: "Los algoritmos son el límite material que el misterio del lenguaje enfrenta hoy". Así, aunque se encaminen hacia aquellos espacios que han configurado lo humano, siendo el arte uno de los más relevantes, lo cierto es que, como afirman Idoia Salazar García y Richard Benjamins en su libro *El mito del algoritmo. Cuentos y cuentas de la inteligencia artificial*, aspectos como la creatividad o la emotividad escapan de sus dominios.

Incluso, con páginas web como https://sites.research.google/versebyverse/, que crean poemas imitando el estilo de poetas destacados, elegidos por el usuario, los resultados obtenidos son siempre enmarañados.

Tal vez, en el futuro estas herramientas servirán para mejorar la manera en que se enseña literatura o se aprenden poemas. Posiblemente, gracias al *machine learning*, nuestra relación con la poesía no se tratará exclusivamente de memorizar, como en el colegio, una sucesión de rimas, sino de diferenciar aquellas misteriosas emociones que encapsulan los versos y las imágenes de un poema. Aunque los algoritmos no escriban poemas, pues las máquinas no sienten, a lo mejor, en los próximos años nos ayuden a recitarlos o a determinar cuál, en definitiva, sacudirá nuestra sensibilidad.

# Juan Daniel Mazo Barrientos

2 de marzo de 1996

Psicólogo y economista, magíster en estudios del comportamiento. Integrante del taller de literatura El Sueño del Pino, con el que ha publicado su producción literaria en la revista *Alas de Papel*. Actualmente es profesor de cátedra de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Antioquia. Disfruta de novelas, libros de divulgación, poemas y artículos de opinión, además de entrevistas o conferencias de escritores como Mario Vargas Llosa, Victoria Camps, Javier Marías y Juan Gabriel Vásquez.

ENSAYO
**Categoría adultos**

214

# Comunicación bulímica: raquitismo cognitivo en tiempos de transparencia lingüística

**DEIVIS DUVÁN BOLÍVAR RANGEL**
*Barranquilla, Atlántico*

Claridad, concisión, ligereza, simplicidad, univocidad semántica y velocidad en el intercambio comunicativo son hoy atributos que se asocian ilusoriamente a una mayor competencia lingüística en el ámbito de la producción académica. Aquellos usuarios de la lengua que se ufanan de obedecer tales imperativos creen favorecer con ello una circulación más efectiva y democrática del conocimiento, o de promover una suerte de humildad intelectual digna de aplausos. Por el contrario, aquellos autores que recorren las ideas en toda su posible extensión (que hacen de ellas su objeto de deseo y merodean sus curvas con ingenioso erotismo) serán calificados de espesos, enrevesados, ininteligibles, indigeribles, inadmisibles: serán tildados, en últimas, de anacrónicos y poco adecuados frente a las exigencias actuales del mercado del conocimiento.

Para no indigestar a sus clientes, el negocio educativo prescinde cada vez más de textos clásicos que, por su densidad, plantean serias dificultades a quienes son formados exclusivamente como decodificadores de datos escuetos y

de frases cortas engranadas casi de manera exclusiva por el punto seguido, un signo que propone obturaciones demasiado abruptas, que supedita la imaginación crítica del escribiente a la tiranía de la sobriedad sintáctica, y cuyo uso excesivo no permite al pensamiento diseminarse en direcciones rizomáticas, multiplicar sus capas, deslizarse tal vez en un ritmo rico en tonalidades ni calcar el devenir caótico que entraña el acto de pensar. ¿Las consecuencias? Predisponer al estudiante promedio del siglo xxi, casi sin advertirlo, a un rechazo prejuicioso con respecto a formas de enunciación que a su presente cognitivo resultan extrañas e inaccesibles, y más aún, que resultan incomposibles a la luz de las herramientas transmitidas a él o ella por una cultura presentista de la aceleración.

A este último respecto, hay pensadores que quizás, desde una perspectiva sistemática que acusa razones culturales de orden global, arrojan luces sobre un fenómeno escritural en ascenso: Lipovetsky, por ejemplo, señala en uno de sus más recientes ensayos que el nuestro es un tiempo idólatra de lo ligero, lo evanescente, de lo que menos cargue nuestra conciencia del presente con valores pesados y totalizantes (ello tal vez explique por qué también la escritura sucumbe entonces a semejante imperativo de ligereza). Byung-Chul Han, por su parte, denuncia que, parejo a la digitalización de la información, se ha instalado en el imaginario intelectual de la época una predilección por los datos *exactos* y *evidentes*, un apego casi enfermizo por la inmanencia de los

acontecimientos: o sea, por un conocimiento aditivo que juzga la reflexión como palabrería inútil que no aporta certezas. En esa misma línea, ya Adorno había advertido del talante suicida que ha caracterizado a la razón en su afán de decantarse a sí misma de todos aquellos aspectos fantasiosos que no honren su propósito secularizador. De ahí que lo abstracto, la mirada global que intenta conectar de manera comprensiva los diversos ámbitos de la praxis humana y los grandes conceptos a los que apela el hombre en su intento de cartografiar su propia naturaleza (Edgar Morin lo llama "pensamiento sistémico") sean cada vez más tenidos por cháchara improductiva, síntomas sospechosos de totalitarismos discursivos o rencauches metafísicos. Craso error.

Pero es quizás Nietzsche quien ofrezca una imagen poética más acorde con la necesidad de reivindicar la escritura (y el conocimiento en general) como objeto inacabado de deseo que resiste el desnudamiento ficticio de los problemas que el logos enuncia. Nietzsche expone, además, a un sujeto fragmentado cuya visión limitada de las cosas recuerda precisamente la vulnerabilidad de los discursos y su pulsión estética adyacente; esto es, la voluntad de poder que los motiva. La sola evocación de los objetos y las ideas mediante vibraciones sonoras (nombres, conceptos, etiquetas), las cuales transportan imágenes al cerebro de los hablantes, supone de suyo un abismo insalvable que nos aleja de los objetos físicos e intelectuales, y que bloquea finalmente cualquier intento de fundición lógica entre el

yo y el mundo cuerpo a cuerpo. Es decir, los nombres son un indicio de cuán solos o abandonados se encuentran los humanos cuando intentan asir la realidad que los estimula. Sus intentos intimatorios con el mundo nunca se consuman, pues este huye de su cazador y prolonga *ad infinitum* la agonía de poder concluir el ejercicio mismo de la caza.

Por consiguiente, pecan de menos humildes quienes, basados en exigencias lógicas de transparencia semántica y delirios decimonónicos de objetividad, establecen un puente comunicativo que pretende salvar sin más la distancia infinita entre las palabras y el mundo, quienes empuñan la navaja de Ockham para ramajear con saña el rizoma que habita las mentes densas bajo la excusa de la celeridad comunicativa, de fundirse con el objeto enunciado: "por favor, no más de diez líneas por párrafo para no fatigar visualmente al lector"; "evite desviar el registro académico con imágenes propias del discurso poético-narrativo"; "procure enunciar su tesis de manera explícita y lo más anticipadamente posible antes de pasar a las discusiones y a las implicaciones prácticas de la misma para que el lector no se pierda en divagaciones"; "la escritura científica norteamericana decanta sus objetivos y va directo al grano, y no le da cabida a las digresiones. Aprendan de ella".

Esos y otros consejos típicos de nuestra era del conocimiento (un conocimiento que tal vez posea la extensión de un mar y la profundidad de un charco, en palabras de Lyotard) constituyen consignas dietarias categóricas bajo

las cuales el lenguaje y sus hablantes terminan sometidos a rutinas bulímicas que debilitan el pensamiento, que restan méritos y potencia al acto simbólico de verbalizar el mundo.

En síntesis, cuando se insta a los usuarios productivos de una lengua a adelgazar su capacidad expresiva para caber en la lógica transaccional del mercado del conocimiento, cuyos angostos torniquetes de entrada desdeñan los textos pesados, se reduce la posibilidad de que nuestros futuros intelectuales se enseñoreen en la palabra, y de que adviertan, en el ejercicio mismo de la composición escritural y de la lectura, las implicaciones estéticas y eróticas de la voluntad jamás resuelta de asir la verdad en el verbo.

# Deivis Duván Bolívar Rangel

26 de julio de 1988

Ganador del XIII Premio Nacional de Libro de Cuentos UIS (2017), finalista en el IX y X Concurso Nacional de Cuento La Cueva (2020 y 2021) y finalista en el Premio Clarín de Novela (2020, Argentina). Egresado de la Universidad del Atlántico y del Instituto Caro y Cuervo. Actualmente se desempeña como docente de filosofía y lectura crítica en el Instituto Técnico de Comercio. A través de la escritura busca belleza y consuelo mientras se nutre de cuentos, de la contemplación ociosa, de las tertulias prolongadas y de la música tropical.

ENSAYO
**Categoría adultos**

221

# La lectura como poder sobrenatural

**MAURICIO VANEGAS GIL**
*Medellín, Antioquia*

He advertido alguna vez la imagen irónica de un superhéroe tipo Superman esperando el TransMilenio en la estación Puente Aranda para ir a salvar a alguien de un incendio a dos kilómetros. Algo más o menos similar ocurre con el analfabetismo funcional: quienes renuncian a la lectura están siendo excluidos del pasaporte a la Tierra Media y a Macondo, carecen de la facultad del vuelo sobre un paisaje perdido o imaginado y no pueden ir al encuentro con personajes universales que habitan el pacto de la ficción.

Leer ha sido, desde su sofisticación evolutiva, un ejercicio de poder, un código de privilegio social que se ha visto afectado por la invención de la imprenta, la escuela moderna, el software libre y la era de la información. Por eso resulta irónico que el momento en que más se puede acceder a la lectura, a través de distintos soportes, sea también una era marcada por la desidia hacia la lectura, en especial en el contexto de la educación media y básica, con contadas excepciones.

Conforme usted ha leído el párrafo anterior, dos libros nuevos han sido impresos en el mundo, y es probable que

al final de su lectura ya sean tranquilamente veinte. La producción de obras es vertiginosa. Sin embargo, no todas llegan al público. Algunas, de hecho, no escapan de un círculo cercano de bienintencionados amigos, y otras se quedan acumulando polvo en la habitación del rebujo de alguien que algún día soñó con convertirse en un gran escritor. Otras ni siquiera serán abiertas y sus páginas guardarán un mutismo de condena.

Este es el destino de muchos de los títulos autopublicados por escritores aficionados en un país como Colombia. Pese a nuestra apuesta como nación por crear un Plan Nacional de Lectura potente, ser referencia internacional en materia de planes de lectura y tener una red de bibliotecas nacionales de gran impacto, muchos no acceden a su lectura. Sería práctico decir: muchos no accedemos a estos escenarios de circulación y proyección de las obras. Otros no accederán ni siquiera a un libro, lo cual es una doble tragedia: las buenas obras que permanecerán eclipsadas y los numerosos lectores que no alcanzarán su etapa de desarrollo.

La lectura sigue siendo exclusiva para unos pocos afortunados que cayeron en la telaraña siempre envolvente de la literatura. No son muchos los que disfrutaron de los cuentos en la voz de una madre benevolente, de la prosa de un profesor de vanguardia, del poema de una promotora comprometida o del texto sin clasificación de un amigo loco. Los humanos nos distinguimos como especie por la

posibilidad de desarrollar una voz interna que, por momentos, puede contener el timbre de un abuelo fallecido, el doblaje de una película popular o incluso la propia voz. Aun así, la lectura permanece en el armario de los poderes no usados por superhéroes. Salvarla del cofre de los privilegios y darle su lugar en los derechos humanos es entonces una preocupación para muchas esferas del proceso de formación de ciudadanía.

El libro, cualquiera sea su presentación, sobrevive al tiempo en un escenario de resistencia a la adversidad cuando vigila y es a la vez síntoma de la cultura, cuando ofrece respuestas, renueva preguntas y selecciona lectores, pues es claro que no son los lectores los que llegan a los libros. ¿Con qué frecuencia un título en un lomo capta nuestra atención, un ser amado nos deja un volumen olvidado en algún lugar, una persona llamativa nos recomienda una obra con el gesto de estarlo leyendo, una saga no nos deja escapar o algún profesor recomienda un libro que es definitivo (esto último en menor proporción, lo que también es una autocrítica)?

Escribir, leer, hablar y escuchar son acciones que se traducen en la más genuina condición humana, en la ruta del humanismo, pues no basta con ser humano, es preciso estar también en la ruta del enaltecimiento. Las competencias comunicativas se traducen en el ejercicio de escritores ocasionales: lectores en vía de extinción y oradores a los que se les ha negado la palabra y que son víctimas de una carencia en su riqueza léxica, así como de un bombardeo de

contaminación sonora que no les permite escuchar ni escucharnos. Cobra relevancia en este contexto, en el que los superhéroes pierden sus poderes, aquella lucha abnegada, a veces infructuosa o incluso estéril, de maestros y maestras, bibliotecarias, escritores, poetas, editores independientes y muchos otros que se instalan en el afiche de los maestros, de aquellos destinados a salvar el mundo.

Temo que la lectura seguirá siendo el privilegio de unos pocos, cada vez más pocos, porque escribir y leer son ejercicios intelectuales nada fáciles. Como ya lo había advertido el maestro Estanislao Zuleta, exigen un hábito y una disciplina, hasta que se revelan en un vicio cuando el esfuerzo se hace costumbre. La lectura, en particular, puede ser divertida, pero no puede ser solo diversión, y he ahí uno de los fracasos que los leedores tenemos al entregar como herencia la conciencia del lector. La escritura duplica su exigencia, pues solo puede ser buen escritor quien es un buen lector, dos ejercicios intelectuales que se alejan de la promesa del confort de la actualidad.

La imaginación, entonces, se reserva su posibilidad de volar para salvar el mundo y aguarda la próxima ruta de transporte. El escritor ve el agotamiento de recursos cuando intenta expresar una idea con las palabras que le faltan, y las voces de los escritores seguirán a la espera de la sinestesia de ser escuchadas por unos ojos que las lean.

Pese a todo, qué afortunada es la cita casual con un libro y qué grato es el encuentro con un autor reservado para un

momento inesperado. Los que seguimos frecuentando la biblioteca o la librería asumimos un riesgo superior que aquel que evita caer en la tentación. Leer –saber hacerlo– es el paso detallado de quien siente que puede volar y finalmente se arriesga a un estado de suspensión, o al piso. Leer nos pone una capa.

# Mauricio Vanegas Gil

29 de abril de 1981

Primer lugar del Concurso Nacional de Cuento Relata 2021 y reciente ganador de los Estímulos al Talento Creativo del Instituto de Cultura y Patrimonio de Antioquia (2022), en la modalidad de novela. Coordinador de la Unidad de Bibliotecas de La Estrella, docente y director de diversos talleres de escritura. Padre de familia que decanta su tiempo hacia la escritura y los desafíos del ensayo. Asume la escritura como un catalizador de la emotividad con el que busca exorcizar su propia historia. Le dedica el premio del Concurso Nacional de Escritura a su maestro, Ernesto García.